

La guerra de Reagan contra Nicaragua

El discurso político no puede ser analizado en forma aislada, como si fuera una entidad consistente y autónoma en sí misma, sino por referencia a la circulación social de discursos dentro de la cual se inscribe y respecto de la cual se autodefine y asume posiciones en una determinada coyuntura o situación histórica, esto es, dentro de un interdiscurso. El discurso político supone siempre otros discursos, responde a y está constituido por otros discursos. Por tal virtud, para entender las alocuciones de Reagan sobre la ayuda a la "contra" es necesario explorar previamente su entorno discursivo inmediato, por lo menos a partir de su campaña política y de su arribo al poder en 1981. Este entorno, que algunos han denominado "extratexto", no constituye sólo el contexto del texto político, sino que se inscribe en éste determinando parcialmente su léxico, su estrategia discursiva, su género o tipo, su sentido preciso y sus peculiaridades semánticas.

El perfil teórico-metodológico que estaremos utilizando para el análisis de los discursos del presidente Reagan relativos a la ayuda a los contrarrevolucionarios nicaragüenses contempla lo antes expuesto. Este perfil prevé la necesidad de realizar un análisis sociopolítico que nos sirva como marco de referencia para analizar e interpretar el contenido de los discursos. Como señala J.B. Thompson (1984), el estudio de la ideología es inseparable del análisis sociohistórico de las formas de dominación que los significados ayudan a mantener. De ahí que sea necesario llevar a cabo un análisis social que incluya la identificación de los contextos de acción e interacción dentro de los cuales los agentes

persiguen sus fines u objetivos. Las acciones son realizadas por agentes particulares en momentos particulares y en escenarios particulares. Como lo han dicho Goffman (1969) y Bourdieu (1990), la ubicación espacio-temporal de la acción y la interacción es vital para el análisis sociológico.

Nuestro análisis parte de un hecho indiscutible: la administración Reagan estuvo interviniendo en contra de la revolución nicaragüense, dirigiendo una guerra muy real, contrarrevolucionaria, regionalizada y de desgaste, aunque no declarada, contra Nicaragua. Dicha guerra, como señala Escurra (1983), fue integral, porque operaba simultáneamente en varios frentes: interno e internacional; económico, político e ideológico. Fue regionalizada, porque se articuló directamente con las decisiones estadounidenses relativas a El Salvador y Guatemala, así como porque los principales instrumentos políticos militares eran del área (ejército hondureño, comunidad democrática centroamericana, etcétera). Pero también fue internacionalizada, porque procedía de un Estado extrazonal, como es el norteamericano.

Desde el arribo de Reagan al poder, el gobierno sandinista se enfrentó a una política de desestabilización, auspiciada por la administración Reagan, que incluyó un amplio espectro: guerra económica, apoyo a contrarrevolucionarios, utilización de sectas religiosas, campañas de desinformación y rumores, guerra psicológica mediante las maniobras navales realizadas en las costas nicaragüenses, minado de puertos, etcétera.

El propósito de este capítulo es presentar con detalle el marco general dentro del cual se inscribió la guerra no declarada que Reagan dirigió contra Nicaragua y analizar los diferentes componentes de dicho contexto sociopolítico. Empezaremos analizando la importancia geopolítica de la región centroamericana para el gobierno de Estados Unidos. Posteriormente, examinamos la política o doctrina Reagan en relación con Centroamérica, el neoconservadurismo, la constitución de la "contra": sus orígenes y vínculos con el gobierno de Estados Unidos, el tipo de guerra que se llevó en contra del gobierno de Nicaragua (conflicto de baja intensidad) y las agresiones en el plano ideológico, económico y político de las cuales fue objeto el gobierno sandinista.

Todo lo anterior se expone con el fin específico de enmarcar el contexto sociopolítico en el que se inscriben los discursos que Reagan emitió respecto de la ayuda a los contrarrevolucionarios nicaragüenses.

IMPORTANCIA GEOPOLÍTICA DE CENTROAMÉRICA PARA ESTADOS UNIDOS

Desde los inicios de mi primera administración no ha habido ninguna cuestión de política exterior que afecte más a los intereses nacionales de Estados Unidos que el conflicto en Centroamérica.¹

El mantenimiento y la reproducción de la dominación hegemónica estadounidense en Centroamérica y el Caribe implicaron para el gobierno de Estados Unidos un complejo y permanente proceso de readecuaciones de sus políticas regionales y elevados costos que sólo encuentran explicación si se atiende al interés concedido a la región. De ahí que sea necesario analizar las razones por las que dicha región cobró tanta importancia para la política exterior estadounidense. De acuerdo con José Miguel Insulza, dicha atención provino fundamentalmente de dos factores, en primer lugar:

la crisis efectiva de hegemonía provocada por el auge del movimiento revolucionario en la región y la perspectiva de que, a corto plazo, se produzcan en ella cambios políticos considerados básicos para lo que se percibe como "el interés nacional norteamericano". En segundo lugar, la determinación del gobierno de Estados Unidos de hacer de esta crisis regional –indudablemente gestada durante muchos años y basada en la maduración de procesos internos– un elemento clave del conflicto este-oeste, de la confrontación con el campo socialista, lo que ha constituido la base de su política exterior, y de convertir su solución en la primera demostración de efectividad de su nueva línea de contención (1982:222).

En la visión del gobierno de Estados Unidos, América Latina, pero sobre todo América Central, era una zona de confrontación con la Unión Soviética. No se trata de un evento que debía ser prevenido, sino de una situación de hecho, como expresó Kirpatrick, la ex vocera de la política reaganiana:

¹ Discurso de Ronald Reagan del 26 de febrero de 1986.

El deterioro de la posición de Estados Unidos en el hemisferio ha generado ya serias vulnerabilidades donde ellas antes no existían y amenaza con enfrentar a este país con la necesidad, sin precedente, de defenderse contra un anillo de bases soviéticas en y alrededor de nuestras fronteras al sur y al este (1981:29).

Por las razones antes mencionadas, Centroamérica y el Caribe pasaron a formar parte de una región prioritaria en la estrategia de Estados Unidos. De ahí que, como señala Insulza, el gobierno estadounidense haya actuado ante la crisis centroamericana en dos sentidos principales:

a) Tratando de regionalizar el conflicto en su conjunto, en la medida en que cada país es visto como una pieza de un juego movido por un actor principal: Cuba y Nicaragua eran elementos útiles para la promoción de la subversión en El Salvador y otros países. Al mismo tiempo, resucitando la antigua "teoría del dominó", la caída de la dictadura salvadoreña era percibida como el primer paso para la conquista de Honduras, Guatemala y, posteriormente, Costa Rica y México.

b) Privilegiando las cuestiones estratégicas por sobre las consideraciones políticas, económicas y sociales. Estados Unidos sabía que la solución a los problemas sociales, económicos y políticos en los países de la región serviría a largo plazo a su propio interés; sin embargo, dio prioridad a las acciones encaminadas a detener el involucramiento del bloque comunista en la región. El asunto fue convertido claramente en un elemento del conflicto este-oeste (1982).

Durante la administración Reagan, la agresividad soviética era, para Reagan y sus colaboradores, el fruto natural de la debilidad de la política exterior y de defensa norteamericana, que permitió de modo sistemático, a partir de los años sesenta, que la Unión Soviética promoviera todas las crisis regionales y les sacara partido, tornándose cada vez más amenazante. La respuesta a esta amenaza debía ser el rearme norteamericano, la recuperación de su superioridad militar, la rearticulación del bloque occidental y, sobre todo, la disposición de demostrar en cada región del mundo la capacidad y voluntad de Estados Unidos de enfrentar la amenaza, haciendo pesar su fuerza allí donde sus aliados regionales se encontraran en peligro.

La visión de Centroamérica y la Cuenca del Caribe como un elemento del conflicto este-oeste no era nueva, ni exclusiva de los neoconservadores norteamericanos. Está enraizada en la tradición de lo que se considera como "el interés nacional norteamericano en la región" y en la interpretación que esta tradición recibió a partir de la segunda posguerra. Al seguir los lineamientos de esta visión, la administración Reagan sostenía que debía inmiscuirse en los procesos revolucionarios con el objeto de evitar nuevas victorias del bloque soviético en el conflicto este-oeste. Pero, como señala Heraldo Muñoz, esta justificación correspondía a una profecía autocumplida:

Estados Unidos entra en conflicto y procura aislar a los países revolucionarios, obligándolos así a entablar relaciones políticas alternativas; posteriormente, los nuevos vínculos son usados como la explicación para una política intervencionista decidida por Washington con mucha anterioridad (1985:20).

Un primer elemento constante en la política norteamericana hacia la región es que ésta era considerada como un área exclusiva de influencia y expansión natural, ligada de modo permanente a sus intereses de seguridad y sometida a su hegemonía política, económica y militar. Desde la formulación de la doctrina Monroe (1822), y más efectivamente desde los comienzos de la expansión imperial y a fines del siglo XIX, Estados Unidos nunca ha cuestionado, o permitido que se cuestione, su supuesto derecho como potencia dominante en el área, recurriendo incluso a la intervención militar directa cuando han sucedido hechos internos o externos que parecen constituir una amenaza a sus intereses.

La política latinoamericana de Reagan procuró revertir el curso de la historia tratando de reinstaurar la hegemonía norteamericana en el hemisferio, fundamentalmente por medio de métodos intervencionistas, propios de la Guerra Fría, aplicados principalmente en Centroamérica y el Caribe. El fundamento permanente de la pretensión hegemónica es la tantas veces remarcada necesidad de proteger su seguridad, defendiendo la zona adyacente a sus límites sur y oeste. La doctrina Monroe definió como amenaza a la seguridad de Estados Unidos "cualquier intento (de una potencia externa) de extender su sistema a cualquier porción de este hemisferio" (Insulza, 1982:222). A

partir de entonces, los intereses permanentes de seguridad de Estados Unidos en la región de Centroamérica y el Caribe han sido asociados a dos riesgos probables: la presencia de potencias externas hostiles y la inestabilidad que pueden generar regímenes que, asociándose a esas potencias o pretendiendo una mayor independencia, cuestionen la hegemonía norteamericana.

Como señala Gorostiaga, "la voluntad hegemónica no sólo pretende aplastar lo que ellos consideran "una amenaza a la seguridad nacional de Estados Unidos en la región", sino lo que visualizan como parte de un proceso que afectaría los intereses vitales de un imperio que quiere ser imperio aunque no tenga las condiciones excepcionales para serlo".² Por tanto, habría que reconocer que Nicaragua y Centroamérica eran una amenaza para la seguridad nacional de Estados Unidos si ésta era definida en términos globales e imperiales. Como esta pretensión hegemónica no tenía ninguna legitimidad internacional, la administración Reagan la encubrió bajo un marco legitimado de confrontación este-oeste (Gorostiaga, 1985).

Este encubrimiento ideológico presentaba a Centroamérica como la punta de lanza de avance del "*Evil Empire*". En Centroamérica se pretendió establecer la línea de control para todo este fenómeno tercermundista. En esta región, por lo tanto, se jugaba la credibilidad de la presuposición hegemónica de Estados Unidos. El intento de la administración Reagan de recuperar la hegemonía global ubicaba el conflicto en su propio "patio trasero", agudizaba la confrontación y hacía prever una prolongación del conflicto, ya que lo que se jugaba no eran temas ni nacionales ni regionales, sino una problemática internacional (Gorostiaga, 1985:7).

Más allá de Centroamérica, la administración Reagan procuró realinear el hemisferio como si existiese una afinidad natural entre los intereses de seguridad de Estados Unidos y los de América Latina. Pero este supuesto desconocía la existencia de dos factores importantes. En primer lugar, la defensa de los intereses norteamericanos se estaba llevando a cabo en territorio latinoamericano, por lo que en muchas instancias había conducido a la guerra, a la muerte de la población civil, a perturbaciones económicas y al armamentismo. En segundo término, las naciones de América Latina tienen también intereses de

² Aunque a partir de la caída del socialismo, piensen que sí.

seguridad que defender, los cuales han sido tradicionalmente postergados o menospreciados por Washington (Muñoz, 1985:19).

Desde el punto de vista de las concepciones de seguridad de Estados Unidos, el proceso que se abrió en la región de Centroamérica y el Caribe a partir de la victoria del Frente Sandinista en Nicaragua constituyó una segunda crisis de su posición hegemónica (la primera fue la Revolución Cubana). De ahí que el gobierno de Reagan hizo todo lo posible por no permitir en Nicaragua la existencia de un gobierno revolucionario que enfrentara abiertamente al imperialismo, ya que eso cuestionaba altamente su posición hegemónica.

El análisis neoconservador de la administración Reagan de la situación en Centroamérica no constituyó, una nueva doctrina de seguridad, sino una lectura interesada de los hechos que pretendía fundar la intervención en la más antigua tradición hegemónica estadounidense.

Son varios los argumentos que manejó públicamente la administración Reagan en relación con la importancia geopolítica de la región para la seguridad de Estados Unidos. A continuación mencionaremos los más utilizados.

Desde el punto de vista *económico*, Centroamérica y la cuenca del Caribe eran y siguen siendo consideradas de interés vital para Estados Unidos por dos razones: *a)* constituyen una ruta marítima por la cual pasa una gran parte de las importaciones de petróleo, así como el tránsito obligado del comercio norteamericano hacia el sur; hacia y desde el Canal de Panamá; *b)* de la región proviene una serie de materias primas vitales para el funcionamiento de la economía de este país.³

Desde el punto de vista *estratégico*, la región es escenario de un conjunto de acciones militares y de inteligencia vinculadas a la política global de Estados Unidos. Dichas acciones consisten en la conformación de una red de puestos de escucha e instalaciones para controlar actividades marinas en el Caribe y el Atlántico, así como de bases de comunicación, seguimiento, mantenimiento y navegación. La posibilidad de pérdida de esas bases no es la preocupación central de Estados Unidos en este plano sino, más bien, la eventualidad de que éstas

³ Es necesario señalar, sin embargo, que la actividad económica relevante del área se concentra sólo en algunos países (México, Venezuela y Jamaica), ninguno de los cuales estuvo amenazado por la inestabilidad de la situación.

pierdan utilidad o se vean amenazadas por la existencia de instalaciones similares de otras potencias.

Desde el punto de vista *político*, la preocupación norteamericana surge del riesgo de que la situación política, social y económica de los países de la región genere la posibilidad del establecimiento de regímenes "antinorteamericanos". Además de la probabilidad de que esos regímenes sirvieran de base a la Unión Soviética, estaba involucrada también una cuestión de prestigio global. Si Estados Unidos perdía preeminencia en la región, esto hubiera sido interpretado como un indicador de debilidad norteamericana.

La inserción prioritaria de los países del Istmo en el diseño global de los planes gubernamentales para América Latina responde, más que a consideraciones económicas, a una visión geopolítica en la que ocupa un lugar fundamental el argumento de la seguridad nacional estadounidense. Los intereses de seguridad de Estados Unidos han sido puestos, por el propio actor, en el centro del conflicto que ha vivido la región. Además, como en ningún otro caso, estos intereses eran explícitos y fueron proclamados por todas las autoridades de gobierno, por una comisión presidencial (la Comisión Kissinger), por numerosos paneles de especialistas y por una gran cantidad de monografías sobre el tema (Insulza, 1985:35).

Los anteriores gobiernos de Estados Unidos, en especial las administraciones de Carter y Reagan, argumentaron insistentemente que Centroamérica se había convertido en una región de alta sensibilidad y peligro para los intereses de este país, debido al siguiente conjunto de elementos: *a)* la cercanía geográfica de Centroamérica con su territorio nacional; *b)* la proximidad de la región con el Mar Caribe, una de las principales rutas oceánicas para los intercambios comerciales, para el abastecimiento estratégico (fundamentalmente de petróleo) y para la movilidad militar norteamericana; *c)* su tradicional condición de "patio trasero", que continuamente reproduce la disponibilidad de sus gobiernos para alinearse con las políticas imperialistas en los diversos foros internacionales; *d)* su potencial capacidad para irradiar a los vecinos inmediatos, mediante el llamado "efecto dominó"; *e)* su ubicación geográfica central y *f)* sus recurrentes crisis y conflictos.

Sin embargo, como señalaba Tucker, "no es la seguridad de las vías marítimas, ni la perspectiva de una inundación de refugiados a este país, o el peligro para la estabilidad de México, lo que está en juego en

definitiva en América Central es la credibilidad del poder de Estados Unidos" (citado en Insulza, 1985:36).

Varios investigadores han coincidido en que más que un interés geopolítico en la región y una preocupación por la seguridad nacional, lo que movía a la administración Reagan en su política hacia Centroamérica y el Caribe era la posibilidad de utilizar los casos de Nicaragua y El Salvador como experiencias con un alto "efecto-demostración" para el conjunto del Tercer Mundo; finalmente, lo que se estaba jugando en Centroamérica era la credibilidad de la Doctrina Reagan.⁴

Para poder describir con más precisión lo que fue la Doctrina Reagan consideramos importante, primeramente, hacer un breve recuento sobre lo que es el neoconservadurismo y las implicaciones que este movimiento tuvo en el triunfo de Ronald Reagan.

LA DOCTRINA REAGAN Y SUS REPERCUSIONES EN CENTROAMÉRICA

Para poder entender y analizar los discursos de Reagan sobre la ayuda a los "contras", que constituyen nuestro *corpus* de análisis, consideramos necesario explicar, a grandes rasgos, en qué consistió la doctrina Reagan tal y como fue concebida por quienes la diseñaron e implementaron, así como también la forma en que dicha doctrina fue aplicada y afectó a los países de Centroamérica y el Caribe y más concretamente a Nicaragua.

Desde los inicios de la Administración Reagan, específicamente desde su campaña electoral, se empezaron a delinear los fundamentos de la doctrina Reagan. En el famoso *Documento Santa Fe* se muestra claramente la preocupación central de ese momento: ofrecer una política exterior integral y global que le devolviera a Estados Unidos su carácter de potencia mundial y de superioridad ante la Unión Soviética. La comisión que elaboró este documento lo expresaba de la siguiente manera: "La falta de habilidad para proteger nuestros valores y creencias fundamentales nos ha llevado a que la propia existencia de la república esté en peligro... es hora de tomar la iniciativa. Una política

⁴ Véanse los artículos de José Miguel Insulza, los de Heraldo Muñoz y los de Xavier Gorostiaga, antes citados.

exterior integral y global es esencial".⁵ El documento continúa con un análisis de la importancia de los conflictos dentro de Asia, África y sobre todo, América Latina, proponiendo líneas para el desarrollo de una política de enfrentamiento.

Como señala W. Bode, el término "doctrina Reagan" empezó a ser aplicado en la primera administración a varios aspectos de su política exterior que tenían en común el tema de "predominar" en competencia militar y política con la Unión Soviética. Un análisis de noticias en el *New York Times*, en el otoño de 1982, señaló que "como los oficiales de la administración explican la teoría de predominar, ésta significa empujar la influencia rusa hacia dentro de las fronteras de la Unión Soviética, con la presión, combinada de armamento militar y con medidas diplomáticas, económicas y de propaganda" (citado en Bode, 1986:21).

Sin embargo, en los primeros años de la administración la frase "doctrina Reagan" no tenía un significado muy preciso. No fue sino hasta la segunda administración que el gobierno de Reagan desarrolló esta doctrina con más elocuencia. El presidente hizo una alusión importante sobre el apoyo a los "combatientes de la libertad" en su discurso del Estado de la Unión en febrero de 1985. A partir de ahí, la doctrina Reagan pasó a significar algo muy específico: el apoyo americano a la revolución anticomunista, como pieza central de la política revisada y revitalizada de contención. También, una semana antes, el secretario Shultz, al dirigirse al Comité de Relaciones Extranjeras del Senado comentó: "la experiencia nos muestra que no podemos impedir o deshacer los usurpamientos soviéticos sino ayudando de una manera u otra a aquellos que están resistiendo directamente en el campo".

Algunos días después Shultz, quien surgió como el protagonista principal de la doctrina Reagan en la administración, dio una clara exposición de ésta en su discurso ante El Club de la Comunidad en San Francisco citando los 200 años de historia estadounidense de apoyo a "aquellos que en el mundo luchan por la libertad y la independencia", y afirmó que los estadounidenses tienen una "responsabilidad moral" de aceptar el liderazgo en el Mundo Libre incluyendo el apoyo

⁵ Comité de Santa Fe. "Una nueva política interamericana para los años 80", *Estudios*, número. 78, Uruguay, marzo de 1981.

a "la gente que ha tomado la decisión de levantarse y pelear en lugar de ver sus culturas y su libertades calladamente borradas". Incluyó también uno de los principios fundamentales de la doctrina: que el apoyo no solamente deber ser dado por simpatía por la democracia y la libertad sino también, en muchos casos, por el interés de la seguridad nacional (el argumento de argumentos) (citado en Bode, 1986:22).

De estos comentarios y algunos otros, podemos inferir que la doctrina Reagan surgió como algo más que una expresión moral y diplomática de apoyo a los luchadores de la libertad que estaban resistiendo la fuerza militar soviética y la represión ejercida directamente por los soviéticos.

Los elementos fundamentales de la doctrina Reagan de acuerdo con Bode eran: 1) un claro respaldo a la victoria de los valores democráticos del mundo entero; 2) el apoyo (de diferentes maneras) a las fuerzas de los combatientes de la libertad que luchaban por derrocar el poderío marxista; 3) una determinación de desenmascarar la agresión subversiva para así identificar la nación que estaba detrás de los ataques violentos y mantenerla en mente para la agresión; 4) así como la afirmación de los derechos americanos bajo las leyes internacionales del uso de fuerza unilateralmente en casos de autodefensa (1986:22). Como señala Krauthammer (1986), los elementos eran simples: revolución anticomunista como una táctica; la contención como estrategia y la libertad como razonamiento (*rationale*).

Según Bode (1986), las ventajas estratégicas, militares y económicas que recibía Estados Unidos por el apoyo a los movimientos de resistencia en Estados clientes de la Unión Soviética por sí solas no validaban la doctrina Reagan. Ésta se apoyaba también en principios morales de la universalidad de los derechos humanos y la libertad de opción humana, valores que están integrados al *ethos* americano. También ofrecía una contraestrategia en el terreno de guerra escogido por la Unión Soviética.

Los objetivos de la doctrina Reagan

En una Reunión General de la Organización de las Naciones Unidas (ONU) de octubre de 1985, Reagan señaló que el objetivo de la política norteamericana era "la eliminación de la presencia militar extranjera y

la restricción del flujo de armas a las naciones en conflicto donde las guerras eran la consecuencia de una ideología impuesta...". Este objetivo, en lo posible, debía ser alcanzado por un "proceso de paz regional" que empezaba con negociaciones entre las partes en conflicto, pero como se señalaba "hasta que estas negociaciones resulten en un progreso definitivo, el apoyo de los Estados Unidos a las fuerzas democráticas de resistencia no cesará" (citado en Bode, 1986:25). Este objetivo, como señala Bode, era táctico: aislar el campo de batalla. La finalidad inferida de la cita anterior y vertida en otros pronunciamientos de la administración, no era precisamente la victoria para las fuerzas democráticas de resistencia, sino más bien el derrocamiento de los gobiernos contra los cuales luchaban esas fuerzas. Otro objetivo político también importante era demostrar a las naciones que el comunismo no era, como lo propagaban los soviéticos, la "ola del futuro" y que era falsa la afirmación de que una vez que el régimen comunista se instalaba esto no era reversible.

Las prioridades de la doctrina Reagan

Aunque los objetivos básicos de la doctrina Reagan eran más o menos claros, sus prioridades no estaban especificadas. La administración alababa a los movimientos de resistencia en Afganistán, Camboya, Etiopía, Angola y Nicaragua, pero daba muy poca indicación de la escala de urgencia de asistencia que merecían esos movimientos. Sin embargo, de los principios antes mencionados se pueden inferir las siguientes prioridades:

1. Las áreas en las que los intereses vitales de seguridad de Estados Unidos están en peligro. De acuerdo con la lógica de la administración Reagan, Nicaragua era un claro ejemplo de este criterio porque amenazaba sus líneas marítimas de comunicación, y por el peligro de que la insurgencia fuera dirigida a otros países de Centroamérica y México (el famoso efecto dominó).
2. Los clientes más vulnerables de la Unión Soviética, no solamente de acuerdo con principios de economía de fuerza sino también en consideración de las implicaciones psicológicas de una clara derrota de la Unión Soviética en el Tercer Mundo.

3. Las arenas conflictivas que implican vulnerabilidades de la Unión Soviética propiamente. Por ejemplo, Afganistán representaba tal arena de conflicto.

Las estrategias de la doctrina Reagan

La diplomacia fue una estrategia utilizada en la política de Estados Unidos en general, y en la administración Reagan en particular, para implementar su política exterior. Como Shultz expresó: "Los Estados Unidos siempre buscan una solución política a los problemas". Según Bode, si el uso de la fuerza debe de permanecer como su último recurso, entonces un objetivo importante de la diplomacia debe ser el conservar esa opción. "La determinación crítica de cuando una solución política ya no es posible, y el empleo de la fuerza es esencial en el logro de nuestros objetivos y requiere un juicio duro de los prospectos de las negociaciones" (Shultz, citado en Bode, 1986:26). Sin embargo, el vocablo "negociación" tenía un significado muy específico en el discurso de la administración Reagan, éste significaba que la otra parte tenía que aceptar el tipo de solución que Estados Unidos proponía.

Como lo sintetiza Bode(1986), la doctrina se apoyaba en los principios estratégicos de objetividad, ofensiva, economía de fuerza y manejo. Pero también señala que aún en 1986 la doctrina enfrentaba ciertas ambigüedades y obstáculos, principalmente en lo que concernía al consenso doméstico necesario y las debilidades de las capacidades de implementación.

La doctrina Reagan y Centroamérica

La administración Reagan conceptualizó la situación Centroamericana como un problema de la Guerra Fría. Esta caracterización de la crisis centroamericana como parte del conflicto este-oeste fue el resultado de la convicción de la administración Reagan de que la política liberal de derechos humanos del ex presidente Carter desestabilizó la región. Para Reagan, la situación que enfrentó al tomar el poder reflejaba una pérdida de control en la "retaguardia" de su país y un deterioro de su poder, el cual podría ser revertido al ejercer la voluntad.

Sin embargo, en dicha conceptualización, como señala Vaky (1984), la administración Reagan se centró en una sola dimensión: la seguridad de Estados Unidos e ignoró casi por completo la naturaleza propia de la región y los diferentes conflictos internos que la acosaban, los cuales surgen de la inequidad de los sistemas políticos y sociales, de una larga y amarga historia de injusticia, de pobreza, brutalidad y represión.

Al principio la retórica era simple, directa y beligerante. Conceptualmente la administración se enfocó en El Salvador como cuestión central, y la definió como "el campo de batalla" en el que la línea contra el comunismo tenía que ser dibujada. Mientras que los críticos suscitaban la analogía con Vietnam, la administración veía la analogía con Grecia en el periodo 1945-1948.⁶ Los derechos humanos fueron puestos como segunda prioridad y combatir el terrorismo y la amenaza marxista-leninista fueron señalados como prioritarios.

Gradualmente, la formulación retórica de su política fue cambiando de una sola cuestión de seguridad a cuatro objetivos delineados por el presidente Reagan en su discurso a la sesión conjunta del Congreso el 27 de abril de 1983: *a*) apoyar la democracia, reforma y libertad; *b*) apoyar el desarrollo económico; *c*) confrontar la amenaza militar de Cuba y Nicaragua con el apoyo a la seguridad de naciones amenazadas y *d*) apoyar el diálogo entre negociaciones.

Como sugiere Vaky, mientras que los cuatro objetivos de la política de la administración representaban una formulación ideal que satisfacía múltiples intereses, éstos eran objetivos "no operacionales". La administración Reagan no proporcionaba ni una guía operacional de cómo lograr los objetivos, ni los criterios por lo cuales se pudieran comparar opciones alternativas (1984:236).

Ya hemos señalado que el argumento favorito de la política exterior de la administración Reagan en relación con Centroamérica fue su dimensión de seguridad nacional. Pero términos como "interés vital" y "amenaza a la seguridad" fueron utilizados libremente sin ninguna precisión, casi como palabras claves.

El presidente y las figuras más importantes de la política exterior de la administración manifestaron repetidamente que Centroamérica era vital para sus intereses de seguridad: "La seguridad nacional de

⁶ Esto se puede verificar fácilmente en sus discursos donde dicha analogía está presente, por ejemplo, el discurso del 16 de marzo de 1986.

todas las Américas está en juego en Centroamérica". "Tenemos un interés vital, un deber moral y una responsabilidad solemne".

Literalmente, un "interés vital" es uno en que la sobrevivencia de una nación depende. Sin embargo, no es ese el sentido que la administración Reagan le dio. *Vital* fue una palabra clave para ganar el apoyo público y del Congreso sin tener que proporcionar un análisis que lo apoyara. De hecho, en esta lógica, todo país en el que surjan conflictos que amenacen el orden social establecido, se convierte en candidato a integrar la lista de los intereses vitales y prioritarios de Estados Unidos.

La afirmación de la administración de que Centroamérica era vital para la seguridad de Estados Unidos fue defendida con tres argumentos: a) la credibilidad, b) la teoría del dominó y c) la protección de la "retaguardia" estadounidense.

El argumento de la credibilidad afirma que Centroamérica es el "traspacio" de Estados Unidos y una esfera de influencia inmediata; se espera que las superpotencias controlen cuestiones en esas esferas de influencia; por lo tanto, las "imperfecciones" tales como Nicaragua, pueden ser vistas como una pérdida de poder y como una señal de debilidad, que desalentaría a los amigos americanos y alentaría a los adversarios. Como lo describió Reagan:

¿Si Centroamérica cayera cuáles serían las consecuencias de nuestra posición para Asia, Europa, y las alianzas como la OTAN? ¿Si los Estados Unidos no pueden responder a amenazas cercanas a nuestras fronteras, por qué van a creer los europeos y los asiáticos, que nos conciernen seriamente las amenazas contra ellos?⁷

El argumento de credibilidad se basa esencialmente en juicios subjetivos. De hecho plantea que lo que en realidad importa es cómo son vistas las cosas por los otros. La percepción de los otros sobre la resolución, voluntad o poder de Estados Unidos es el punto clave.

La segunda gran explicación de por qué Centroamérica era vital para Estados Unidos es la *teoría del dominó*. La administración Reagan afirmó continuamente que si no se detenía la amenaza comunista en Nicaragua ésta se movería rápidamente hacia Honduras, Guatemala,

⁷ Discurso ante el Congreso, abril 27, 1983.

México y a Estados Unidos. La falla en el argumento del dominó es que éste era presentado como si funcionara automáticamente. Lo que pasa en un país, obviamente influye en lo que pasa en otro, pero cuánto, en qué forma y con qué resultados, depende de las circunstancias. El proceso no es automático, especialmente en lo que concierne a países con muy diferentes historias, condiciones, fuerzas y debilidades.

La tercera explicación de los intereses de seguridad en el área de Centroamérica era que ésta constituye la *retaguardia estratégica* de Estados Unidos. El argumento es que antes Estados Unidos habían tenido una Centroamérica bastante segura; sin embargo, por otro lado, la influencia soviético-cubana en el istmo amenazaba su retaguardia estratégica y, a menos que esta región fuera limpiada, Estados Unidos tendría que dedicar recursos militares y otros para contener la cabeza de playa.

La visión de la administración Reagan de lo que consideraba como intereses de seguridad, y lo que se requería para defenderlos, llevó a Reagan a la presuposición de que Estados Unidos debía ejercer una fuerza dominante en lo que denominan su "traspatio" y, por tanto, sus acciones fueron encaminadas específicamente contra Centroamérica, ignorando o dejando a un lado otros problemas esenciales que Estados Unidos enfrentaba en esos momentos.

Todas estas percepciones y premisas predispusieron a la administración a visualizar a Centroamérica como un juego de suma cero y le alejaron de la estrategia de negociación, a pesar de la afirmación retórica del apoyo al "diálogo y a la negociación".

EL NEOCONSERVADURISMO

La amplia victoria electoral de Ronald Reagan puso de manifiesto, dramáticamente, los alcances del proceso de radicalización del electorado estadounidense. El triunfo de un candidato conservador, e incluso abiertamente reaccionario en algunas materias, no fue un suceso inédito en la política estadounidense. Sin embargo, representó un fenómeno mucho más complejo y rico en significados que el cíclico desplazamiento del clima de opinión estadounidense. Por eso, como señala Borón (1981), es necesaria una interpretación cabal de la problemática para situarlo en el marco de la crisis integral por la que atravesaba Estados Unidos: crisis económica, política, ideológica, militar

y de hegemonía internacional, de cuyas entrañas surgió con fuerza una corriente de pensamiento capaz de articular un discurso político y un proyecto global eficaces para luchar contra los restos del liberalismo estatista, en boga desde los tiempos de Franklin D. Roosevelt (y en ese momento en completa bancarrota). Esta corriente es el neoconservadurismo, "nueva versión del pensamiento burgués que procura dar una respuesta totalizante frente a una crisis que ataca los cimientos mismos de la formación social estadounidense y cuya gravedad ha precipitado la obsolescencia del viejo liberalismo" (Borón, 1981:31).

Antes de desarrollar este tema consideramos pertinente señalar los rasgos fundamentales de la orientación filosófica del pensamiento conservador (en la tradición anglosajona) con la finalidad de que esto sirva de marco para las observaciones que se harán en torno al neoconservadurismo.

1. Una primera cuestión que queremos resaltar es que la naturaleza y complejidad del pensamiento conservador son tales que desafían todo análisis o definición simple; por lo que, esta breve exposición sólo tratará de exponer la esencia del conservadurismo. Para eso retomamos el esquema de Harbour a partir del cual presenta las creencias más importantes que pueden encontrarse en esta corriente de pensamiento (1985:11-19). El conservadurismo comienza con una visión peculiar del universo y del hombre. Generalmente, los conservadores aceptan lo que puede designarse como el principio cosmológico del pensamiento conservador. Según éste, Dios está en el centro de todas las cosas; es el fundamento divino de toda existencia. Dios, y no el hombre, es la medida de todas las cosas.
2. El conservador considera a la naturaleza humana como parte fija del ordenamiento cosmológico de las cosas. Sostiene que la consideración de ésta es importante para pensar sobre la política y que una teoría política válida debe basarse en una consideración adecuada de dicha naturaleza.
3. Estrechamente unida a la concepción anterior está la creencia en una suerte de ordenamiento moral absoluto del universo. Esto conduce a lo que algunos han denominado "el humanismo teocéntrico"; se trata de una teoría moral general que considera a la persona desde la perspectiva espiritual.

4. Desde el punto de vista de la teoría política, lo más importante es observar, respecto de la visión conservadora, acerca de la naturaleza humana, la cual pone límites a la importancia y el alcance de la política; a lo que el gobierno puede hacer con la condición humana. Se trata de la visión extremadamente antiutópica acerca de lo posible e imposible en política. El conservador duda de la capacidad del hombre para reorganizar la sociedad de acuerdo con las diversas visiones sobre lo que debe ser.
5. Asociada con el antiutopismo conservador está la tendencia pragmática que determina su modo de pensar la política. Al evaluar diferentes propuestas políticas, el conservador subraya considerablemente las implicaciones prácticas y las circunstancias históricas y empíricas que debe afrontar quien toma decisiones. La creencia conservadora en las limitaciones de la razón humana, en la incapacidad del hombre para reorganizar la sociedad de acuerdo con visiones utópicas, conduce al conservador a rechazar la revolución como estrategia para producir una gran recreación del hombre y la sociedad.
6. Sin embargo, mientras señala las limitaciones de la razón humana cuando se trata de cuestiones políticas, el conservador plantea considerables exigencias a la misma cuando se trata de cuestiones filosóficas. Defiende la filosofía clásica y la tradición del pensamiento judeo-cristiano frente a los ataques del racionalismo y el positivismo.
7. La creencia en que la existencia del hombre y la sociedad está fundada en Dios, conduce al conservador a afirmar que el reconocimiento de esa verdad dentro de la vida del individuo y de la sociedad es esencial para el adecuado ordenamiento de ambos. El principio cosmológico del pensamiento conservador lleva así a la máxima sociológica fundamental de esta corriente: la religión como un requerimiento esencial de la buena sociedad.
8. La importancia conferida al orden en la sociedad obliga al conservador a comprometerse con la cuestión política referida al problema de quién debe gobernar. El conservador debe mostrar cómo organizar la vida política de la sociedad para proteger sus valores básicos. Hay una fuerte orientación elitista en la respuesta conservadora a la mencionada cuestión, que es de larga data. Generalmente, los conservadores afirman que sólo los individuos

más calificados, pertenecientes a una aristocracia natural, deben conducir una sociedad.

9. Por último, los conservadores desarrollan una teoría que, en lo que hace a la estructura social, favorece el localismo, las relaciones sociales en pequeña escala, y la descentralización de las instituciones políticas.

De acuerdo con Harbour (1985:11-12), al conceptuar al conservadurismo tomando en cuenta los puntos anteriores evita caer en la tendencia de definir al conservadurismo exclusivamente como adherente al orden social establecido y como opositor a los cambios fundamentales de un sistema social. Conceptualizar al conservadurismo en términos de preservación del orden social impide discernir el real sentido del desafío planteado al liberalismo estadounidense a partir de la elección de Ronald Reagan para la presidencia en 1980.

Fue precisamente la ideología de una época en crisis, junto con todas las variantes del conservadurismo, lo que logró articular un discurso justificador de la sociedad capitalista y suministró muchas de las "nuevas ideas" con las que el gobierno de Reagan prometió resolver los grandes problemas de la sociedad estadounidense.

Dentro de los cambios que condujeron a la filosofía neoconservadora, Emmerich menciona los siguientes: la nueva crisis del capitalismo que a principios de los setenta puso fin a la larga onda de prosperidad, basada en la aplicación de políticas expansionistas keynesianas, en la construcción de un Estado benefactor que atenuó las luchas de clases y el crecimiento del consumo de masas, del cual disfrutaron durante la Posguerra los países capitalistas avanzados, en especial Estados Unidos. La crisis fue adjudicada al crecimiento del gasto y al déficit fiscal, a la indiscriminada beneficencia social, a la exagerada reglamentación estatal de la actividad económica y al desproporcionado crecimiento de los salarios respecto de la productividad, todo lo cual, junto con el alza de los precios del petróleo dispuesta por la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP), habría originado las tensiones inflacionarias y erosionado la rentabilidad o tasa de ganancia empresarial (1987:6).

En Estados Unidos, esta crisis económica se combinó con elementos de índole política (la derrota en Vietnam, los escándalos Agnew y Watergate, los triunfos revolucionarios en Irán y Nicaragua, la incorpo-

ración de Afganistán a la órbita soviética) para producir en la opinión pública el sentimiento de que el país estaba perdiendo la supremacía mundial, y de que tal pérdida obedecía esencialmente a la debilidad moral del liderazgo y del propio pueblo estadounidense.

El demócrata James Carter derrocó a los republicanos en las elecciones de 1976 con la promesa de restaurar la moralidad, la credibilidad y la justicia en la política interior y exterior estadounidense. Pero, Carter no logró superar la crisis económica, y su política exterior mostró "debilidad" frente a la Unión Soviética y aun frente a potencias menores como Libia, Irán e incluso Nicaragua.

Por eso, en 1980 el electorado se volcó hacia el republicano Ronald Reagan quien inspirado en un claro conservadurismo, prometió restaurar, con el "gran garrote" en la mano, el lugar que Estados Unidos nunca debía haber perdido en el concierto mundial. Además, no se debe olvidar que la elección de Reagan se vinculó con los más o menos simultáneos triunfos electorales de candidatos conservadores en otros países (Thatcher en el Reino Unido, Clark en Canadá, Begin en Israel) que representaron serios y, bien delineados, esfuerzos para desmontar el Estado benefactor y toda la regulación social surgida de la Posguerra, como principal forma de respuesta a la crisis del capitalismo. Fue ante este panorama que el neoconservadurismo pudo imponer su retórica, su lenguaje y sus temas entre los intelectuales y la clase política de Estados Unidos.

Ahora, pasaremos a describir a los grupos conservadores, tanto tradicionales como los surgidos más recientemente, que se han desarrollado dentro del consenso liberal y que actualmente desempeñan un papel cada vez más importante. Dentro del amplio movimiento neoderechista estadounidense pueden distinguirse diversas orientaciones, no siempre coincidentes ni coherentes, muchas veces opuestas entre sí, a las que Reagan supo aglutinar para construirse una sólida mayoría electoral. De acuerdo con Gustavo E. Emmerich (1987:6-8), las principales tendencias que conforman la corriente neoconservadora son las siguientes:

La nueva derecha (propiamente dicha)

La *nueva derecha*, en Estados Unidos, se desarrolló como una corriente de opinión política y cultural a finales de los sesenta, principios de los

setenta, con anterioridad al logro de una coherencia organizativa alcanzada en 1974. Llama la atención que dicho movimiento orgulloosamente reclame para sí el apelativo de *nueva derecha*. Con ello indica su intención de pasar a la ofensiva ideológica y distanciarse de la vergonzante "derecha tradicional" que nunca se atrevió a plantear claramente sus objetivos. El término *nueva derecha* hace referencia tanto a dicha corriente de opinión como a la red organizativa que fue estructurada y a la cual dotó de objetivos estratégicos y coherencia lógica.

Como señala Allen Hunter (1981:1751), se le denomina *nueva derecha* por dos cualidades principales: a) por un mayor pragmatismo y mayor ambición de poder que la vieja derecha y b) por poner más énfasis en la temática social.

Su principal exponente es el publirrelacionista Richard A. Viguerie, quien fundó la Richard Viguerie Company (RAVCO), una empresa que utiliza la correspondencia directa para distribuir propaganda, recolectar fondos y movilizar electores para presionar —también por vía postal— a sus representantes en el Congreso. Desde su centro de operaciones en Fall Church, Virginia, la RAVCO elabora por computadora y envía por correo mensajes especializados y "personalizados" a listas seleccionadas entre los 20 millones de ciudadanos que tienen sus registros; cobra por ello sustanciosas comisiones que han hecho la fortuna de Viguerie.

Sobre la base de su empresa y su amplia red de comunicación postal, Viguerie ha montado el movimiento de opinión conocido específicamente como *nueva derecha*, cuyas ideas centrales son la exaltación de una belicosa política de Guerra Fría, el "adelgazamiento" del Estado y la defensa a ultranza de la familia, la propiedad, la religión y los tradicionales valores "*wasp*" (del "blanco, anglosajón, protestante").

J. Falwell aclara que el propio Viguerie utiliza el término *nueva derecha* para designar a

[...] aquellos ciudadanos moralistas que deben congregarse y hacerse escuchar; aquellos que ... ha denominado la columna vertebral de nuestro país; aquellos ciudadanos que se declaran en favor de la familia, la moral, la vida y lo americano; que gozan de integridad y depositan su fe en el trabajo arduo, aquellos que han jurado fidelidad a la bandera y orgulloosamente cantan nuestro himno nacional. América se construyó sobre la base de la fe en Dios, la integridad y el trabajo arduo (Falwell, citado en Hunter, 1981:1767).

Sus temas fundamentales de debate son las cuestiones relacionadas a la vida familiar, la sexualidad, el lugar de la mujer en la sociedad, la raza, la religión, la calidad de los servicios públicos, etcétera. Como señala Weyrich: "hablamos de temas que interesan a la gente, como el control de armas, el aborto, los impuestos, el crimen. Sí, son asuntos de orden emocional, pero hablar de ellos da mejores resultados que hablar de la formación del capital" (Weyrich, 1979).

La ideología de la nueva derecha, como señala Hunter, es flexible y pequeño burguesa. Es flexible puesto que busca unificar en un solo bloque a gente procedente de diversos estratos sociales. Es pequeño burguesa, porque su base principal la constituyen los estratos medios y porque sus propuestas buscan oponer entre sí a los extremos de las amplias capas medias. Así se apela a los intereses de los pequeños empresarios en oposición a la intervención estatal y a los intereses de la gran empresa. A los miembros de la clase trabajadora blanca que gozan de un empleo permanente se les convoca en contra de los trabajadores mal remunerados, empleados no permanentes y segmentos de color (1981:1767).

También, entre los líderes de la nueva derecha se encuentra Paul Weyrich (ya antes mencionado), fundador del Comité por la Supervivencia de un Congreso Libre (*Committee for the Survival of a Free Congress*), organización de acción política que, siendo una de las más recientes, es la que mayor éxito ha tenido. Weyrich es el mejor estratega y coordinador del desarrollo de la nueva derecha. Con dinero de Joseph Coors, fundó en 1973 la *Fundación Heritage*, fuente ideológica de la nueva derecha.

La derecha religiosa

La derecha religiosa comparte los valores básicos de la nueva derecha, pero sus prioridades son diferentes. Sus intereses son morales, especialmente la llamada "defensa de la familia". En la práctica esta última incluye la oposición a: 1) derechos de las mujeres; 2) guarderías públicas; 3) la integración racial; 4) el aborto y la planificación familiar; 5) los homosexuales; 6) la pornografía, incluyendo obras que contengan obscenidades y 7) en general, contra lo que llaman el "humanismo secular". Buscan el restablecimiento de doctrinas cristianas y en consecuencia, son antisemitas en algunos aspectos (Ferris, 1981:197).

Aunque incluye a católicos (especialmente en las campañas contra el aborto), la derecha religiosa está dominada por grupos protestantes fundamentalistas.

El fundamentalismo religioso, con gran vocación proselitista, absolutamente convencido de poseer "la verdad" y de que quien no la comparte no sólo está equivocado sino es aliado del demonio, ha ido logrando cada vez más adeptos en su sociedad predispuesta a seguir dócilmente a quien le indique un "camino". El más influyente de los predicadores fundamentalistas, Jerry Fallwell, transmite sus mensajes por más de 300 estaciones de televisión y otras tantas de radio y ha creado la Mayoría Moral S.A. (*Moral Majority Inc.*), organización destinada a apoyar campañas y candidatos de su simpatía. Otros grupos fundamentalistas importantes son: La Voz Cristiana (*Christian Voice*) de Orrin Hatch, la Mesa Redonda Religiosa (*Religious Round Table*) de Ed McAteer y el Alabado al señor (*Praise the Lord, PTL*, por sus siglas en inglés) de Jim Bakker. De acuerdo con Hunter la creación de dichos grupos religiosos hizo que los oradores fundamentalistas unieran realmente su suerte a la de la nueva derecha.

Los nuevos economistas conservadores

Prosperaron también al calor de la lucha contra el Estado benefactor de inspiración keynesiana. Milton Friedman y Arnold Habegger reflataron y remozaron, con el nombre de monetarismo, las teorías individualistas y antiestatistas de la economía neoclásica decimonónica, y las propusieron como remedio para la estanflación (estancamiento con inflación, *stagflation*). Destacan la importancia autónoma de la moneda y el papel decisivo de la política monetaria en el control de la inflación, ensalzan el papel regulador "neuro" de los mercados de bienes, servicios y dinero; plantean reducir el gasto público hasta equilibrar el presupuesto, limitar la creación de la moneda, librar la tasa de interés y los precios de los mercados respectivos y "desregular" la economía.

Al predicar la rebaja de los impuestos y la desregulación, el ofertismo se hace coherente con los postulados de la "revolución conservadora": desmontar el Estado benefactor, dejar campo libre amplio a la iniciativa privada, evitar que el ciudadano solvente tenga que subsidiar con sus impuestos a la amplia masa de los que "prefieren"

vivir de la asistencia social en vez de trabajar y producir. David Stockman, exdirector de la Oficina Federal de Administración y Presupuesto, es un destacado exponente del ofertismo.⁸

Los geopolíticos y los teóricos de las relaciones internacionales

Destacan los intereses de la "seguridad nacional" de Estados Unidos. Actualizando las corrientes de la Guerra Fría, sostienen que Estados Unidos debe tener como objetivos, retomar su papel preponderante en el concierto mundial y detener el expansionismo de la Unión Soviética y sus aliados. Jeane Kirkpatrick, Paul Nitze, Ray Cline, principales exponentes de este grupo, piensan la política mundial en términos de una confrontación de suma cero entre Estados Unidos y la Unión Soviética: lo que gana uno, lo pierde el otro. Robustecer el poderío militar estadounidense, endurecer posiciones frente a la Unión Soviética y los movimientos de liberación en el Tercer Mundo, y apoyar incondicionalmente a los "amigos leales" fueron algunas de sus recomendaciones, puntualmente recogidas por la política exterior de Reagan. El Instituto Hoover sobre la Guerra, la Revolución y la Paz, vinculado a la universidad de Stanford, el Centro de Estudios Internacionales y Estratégicos de la universidad de Georgetown, junto con la *Heritage Foundation*, son las principales bases de este grupo.

El neoconservadurismo

Las corrientes antes mencionadas tocan aspectos parciales de la vida política y social estadounidense y se dirigen hacia públicos especializados, por lo que no alcanzan a constituir una cosmovisión. Ésta ha sido provista por el neoconservadurismo.

A partir de la consideración de que la debilidad histórica de las fuerzas de derecha en Estados Unidos se deriva de su estilo excesivamente pragmático y de su incapacidad para presentar una visión sistemática de sus concepciones sobre el hombre, el Estado, la economía y la sociedad, los ideólogos neoconservadores aspiran a cumplir la función de la creación de este pensamiento sistemático.

⁸ La teoría de decisión pública de James M. Buchanan, Premio Nobel de Economía 1986, se identifica en términos generales con las corrientes conservadoras.

Los neoconservadores provienen desanimados de las filas del liberalismo, que ante los acontecimientos de los setenta (la crisis económica, la derrota de Vietnam, el escándalo de Watergate) salieron de la coalición liberal. Personas como Irving Kristol (quien inclusive era trotskista), Daniel Moynihan, Daniel Bell, Norman Podhertz y otros, abandonaron la coalición liberal y empezaron a desarrollar una nueva filosofía que correspondiera a su propia percepción del mundo. Los neoconservadores forman una corriente intelectual que justifica el creciente poder de la *nueva derecha*. Pero también hay diferencias entre estos dos grupos, debido, principalmente, al antiintelectualismo de la *nueva derecha*. Sin embargo, los neoconservadores contribuyeron a la legitimación intelectual de la derecha en las tareas políticas.

Los neoconservadores creen en la necesidad de establecer una estrategia global para restaurar el liderazgo estadounidense en el mundo, y también consideran que es necesaria una estrategia nacional en el ámbito económico para llegar a establecer a escala global esta posición dominante. Uno de sus mejores exponentes es Daniel Bell, para quien la crisis de legitimidad de Estados Unidos se debe a una crisis moral y cultural, a la pérdida de las metas colectivas de la sociedad estadounidense, olvidadas por el rápido progreso del individualismo y por la acción desmoralizadora de la "nueva clase". Según Irving Kristol, esta nueva clase

[...] está formada por científicos, abogados, planificadores urbanos, trabajadores sociales, educadores, criminalistas, sociólogos y médicos especializados en salud pública, un sustancial número de los cuales ha logrado el desarrollo de sus propias carreras gracias a la expansión progresiva del sector público en detrimento del privado (Kristol, citado en Emmerich, 1987:7).

Las teorías neoconservadoras son más sofisticadas, más integrales y menos extremistas que los simplistas puntos de vista de las corrientes propiamente llamadas de la nueva derecha, caracterizadas por su antiintelectualismo y la desconfianza hacia los universitarios, y han sido difundidas hacia la opinión pública a partir de una amplia producción editorial y de publicaciones periódicas de alto impacto como la revista mensual *Commentary* de Norman Podhoretz, la quincenal *National Review* de William J. Buckley o la cuatrimestral *The Public Interest* de Irving Kristol y Daniel Bell.

Todos los grupos antes mencionados comparten las convicciones básicas sobre la necesidad de: a) limitar el poder gubernamental; b) confrontar la amenaza soviética a partir de políticas exteriores agresivas y fuerzas militares decisivas y c) restaurar los valores tradicionales estadounidenses, especialmente la supremacía de la familia. Como ya se ha señalado, existen diferencias importantes entre estos nuevos grupos derechistas, pero en contraste con los grupos más antiguos, ellos comparten el deseo pragmático de obtener poder.

Como señalaba Norman Podhoretz, "los grupos que votaron por Reagan son diversos, no monolíticos, y de alguna manera están unificados en su apoyo a determinados programas. Lo que los unifica es su ansiedad por hacer del suyo un país nuevamente productivo y poderoso, hacerlo nuevamente grande" (1981:25).

Las ideas de los neoconservadores complementan el equipo de los derechistas contemporáneos en Estados Unidos. Con las masas (y con los votos) de la derecha religiosa y la nueva derecha, las capacidades políticas de la vieja derecha, y la respetabilidad intelectual de los neoconservadores, las fuerzas reaccionarias llegaron al poder en ese país y, aún más importante, han estado creando instituciones (y una ideología desarrollada) para mantenerse en él. Los medios de comunicación, las universidades y la religión están dominados, o por lo menos infiltrados, por las ideas de los nuevos grupos derechistas. El neoconservadurismo y la nueva derecha no son simples movimientos pasajeros de opinión. Sus prédicas y concepciones están muy ligadas a la transformación de base del capitalismo mundial, que busca superar la crisis que lo afecta mediante la creación de una nueva regulación de su funcionamiento global.

LA ESTRATEGIA MILITAR DE ESTADOS UNIDOS CONTRA NICARAGUA

La guerra o conflicto de baja intensidad

La cruzada de Reagan contra el "terrorismo" y la contención soviética no se reducía sólo al terreno ideológico, sino que formaba parte de una nueva doctrina de intervención estadounidense: la antigua contra-insurgencia que llevó a Estados Unidos a Vietnam y que resurgió con una nueva denominación "guerra o conflicto de baja intensidad" (GBI).

El apoyo a las guerrillas contrarrevolucionarias por parte del gobierno norteamericano ha sido uno de los componentes de la estrategia global para enfrentar a los movimientos populares y revolucionarios en el Tercer Mundo: la doctrina de la guerra o conflicto de baja intensidad, cuyos contenidos son, entre otros, la lucha terrorista y la contra-insurgencia en su sentido más clásico (Bermúdez y Benítez, 1985:169).

La GBI es el recurso de naciones y organizaciones para utilizar fuerza limitada o la amenaza del uso de la fuerza para conseguir objetivos políticos sin el involucramiento pleno de recursos y voluntades que caracterizan a las guerras de Estado-nación, de supervivencia o conquista (Kupperman, 1983:21). El objetivo de esta estrategia radica en golpear sucesivamente al enemigo para desgastarlo al menor costo posible mediante operaciones clandestinas y encubiertas, manteniendo la presencia de efectivos militares que representen una permanente amenaza, pero sin entrar en batallas frontales.

El término "conflicto de baja intensidad" utilizado con mucha frecuencia dentro de la literatura política, los debates y políticas relativas al Tercer Mundo, tiende a prestarse a confusiones cuando es visto desde la perspectiva de los países objeto de ésta. Aunque británico en su origen, el término es utilizado por los estadounidenses partiendo, según su perspectiva, del espectro de conflictos que un poder imperial podría enfrentar en el mundo a finales del siglo xx. Si la gama posible para Estados Unidos abarca, por el lado de la alta intensidad, una guerra nuclear global, pasando por las "guerras nucleares limitadas", etcétera, entonces los enfrentamientos armados al otro extremo del espectro, entre fuerzas gubernamentales locales y movimientos de liberación nacional, son considerados de relativa baja intensidad (Barry, *et al.*, 1987:16). La intensidad mide entonces el empleo relativo de armamentos, capacidad de fuego, tiempo y despliegue de tropas; es decir, es una medición de factores meramente militares.

En el caso de Estados Unidos, su objetivo central era evitar hasta donde fuera posible, la injerencia directa de tropas de combate norteamericanas en el exterior, o reducir los costos en el caso de que esta opción fuera tomada. Ello marcó un cambio sustancial en la política implementada por la primera administración Reagan, enmarcada en la búsqueda de una solución exclusivamente militar al conflicto centroamericano, en donde también se prepararon las condiciones operativas, logísticas y de entrenamiento para la invasión.

El cambio en la estrategia militar obedece a una visión más pragmática, aunque no menos ideologizada de los conflictos en el Tercer Mundo, ya que como señalaba Noam Chomsky, "el hecho de que los rusos no estén en Nicaragua era irrelevante porque se trata de teología, no de un discurso racional, y para la teología los hechos son irrelevantes" (citado en Dieterich, 1985:89).

El conflicto de baja intensidad puede incluir diplomacia coercitiva, funciones policíacas, operaciones psicológicas, insurgencia, guerra de guerrillas, actividades contraterroristas y despliegues militares/paramilitares con objetivos limitados.

De acuerdo con Chomsky, desde la perspectiva "teológica", la GBI estadounidense enfrenta dentro de su esquema de confrontación con la Unión Soviética en el Tercer Mundo, no sólo la necesidad de impedir el triunfo de movimientos populares que luchen por el derecho de autodeterminación, soberanía y no alineamiento, sino también la reversión de gobiernos ya consolidados y en el poder con absoluta legitimidad interna e internacional, así como desarrollar la lucha "anti-terrorista" supuestamente patrocinada por regímenes prosoviéticos (Bermúdez y Benítez, 1985:171).

Sólo se requiere que, a juicio omnímodo de la administración, exista un régimen que por ser aliado de la Unión Soviética, se convierta "en un instrumento del terrorismo y del totalitarismo". A partir de esta clasificación unilateral y convenientemente "satanizadora", quienes se adhieran a esta definición serán bendecidos como "guardianes de la democracia" y por extensión de la seguridad nacional de Estados Unidos, por lo que son dignos merecedores de su ayuda militar y económica. Esta es la "filosofía" que explica, por ejemplo, el respaldo a los "contras" nicaragüenses (Klare, 1986).

Como señala Selser, lo que sobresalía en el discurso de los voceros de la administración sobre el conflicto de baja intensidad es la constante remisión de todos los casos a la confrontación este-oeste, como causa eficiente o justificadora del conflicto de baja intensidad:

Este regulado maniqueísmo ofrece la ventaja de la simplificación a los efectos de la propaganda y la acción psicológica. Al propio tiempo, complica la exactitud del marco de referencia, rehuye toda posibilidad de matización y hace de la ideología del mensaje el elemento perturbador de su comprensión científica (1987).

En mayor o menor medida, y sin ninguna comprobación, la administración Reagan trató de incorporar al gobierno nicaragüense en los tres aspectos contra los que opera el conflicto de baja intensidad, acusándolo, en primer lugar, de comunista; en segundo, de apoyar con armas al FMLN salvadoreño y, en tercero, de ser patrocinador de grupos terroristas.

Sin embargo, visto desde la óptica de Nicaragua, los sandinistas tuvieron que librar una guerra total de carácter defensivo, manifestada por la voluntad gubernamental y de la ciudadanía para detener la agresión estadounidense, cuyo principal eje fueron las acciones del ejército "contra".

En el ámbito temporal, la guerra en Nicaragua tendía a una infinita prolongación, dado el sostén de Estados Unidos a la "contra" y porque la retaguardia geográfica no estaba en territorio del país. Respecto a los encuentros, éstos tenían su eje en acciones guerrilleras rurales y en ataques especializados a puntos neurálgicos de la economía. El elemento fuerza era importante, pues se articulaba al espacial para asignar un carácter prolongado al conflicto, pues dicha fuerza, al depender estratégicamente de Estados Unidos, no tenía problemas de abastecimiento logístico, beneficiando a la "contra" el hecho de que su supervivencia y crecimiento no estuvieran determinados por el apoyo de la población donde operaba, aunque este hecho le otorgaba una desventaja estratégica que era la imposibilidad de tener victorias militares significativas, sólo posibles por el ejército sandinista (Benítez, 1986).

La administración Reagan pretendía evitar el ataque directo con sus tropas y buscaba una nueva opción que evitara el empantanamiento y el descontento interno y externo. De ahí el uso del conflicto de baja intensidad. Sorprendentemente, el dirigente que abogaba, durante la segunda administración Reagan, por la nueva doctrina, no era Gaspar Wienberger, desde siempre considerado el principal halcón del séquito de Reagan, sino George Shultz, considerado generalmente como un moderado en la política bélica de la administración. Shultz introdujo una tesis totalizadora parecida a la política de contención de John Foster Dulles para justificar la intervención militar de Estados Unidos a escala global. Shultz se basaba en dos preceptos: a) que las fuerzas de la democracia estaban amenazadas por una ofensiva terrorista globalizada por regímenes radicales u organizaciones aliadas con la Unión Soviética, Cuba, Libia o Irán y b) que Estados Unidos, líder de

las fuerzas democráticas, tenía la responsabilidad no sólo de resistir sino la de destruir el peligro terrorista (Selser, 1987).

La guerra de baja intensidad requiere de un consenso que haga trascender el ámbito de apoyo clandestino y que legitime la política internacional. En el caso de Nicaragua se intentó el consenso interno recurriendo a la mentira como instrumento de la guerra ideológica. Se presentaba como una política de respuesta (en relación con el terrorismo), como acción legítima y prudente de la violencia, a la inestabilidad, al antiamericanismo y a la agresión soviética externa (Klare, 1985).

Uno de los contenidos fundamentales de esta guerra es reconocer que su objetivo es político, por lo que sus respuestas no pueden ser exclusivamente militares y requieren de acción cívica, operaciones económicas y psicológicas, etcétera. En Nicaragua se usaron, además de la acción militar, técnicas de guerra psicológica, empleando la propaganda y manipulación de la opinión pública, intentando mejorar la imagen de la "contra" y haciendo cómplice al sandinismo del narcotráfico y el terrorismo internacional. Al ser la modalidad principal del CBI la guerra de desgaste o guerra de agotamiento, esto implicó que los enfrentamientos tuvieran como objetivo agotarle al gobierno sandinista su capacidad operativa y funcional en todas las áreas donde había tenido éxito.

La guerra de baja intensidad fue un proyecto global que incluyó la necesidad de la mentira en el discurso del presidente Reagan, al ser un conflicto artificial pues no procedió en su origen de contradicciones internas. Además, fue una guerra de intervención prolongada, en la cual quedaron relegadas, por parte de Estados Unidos, las más elementales normas del Derecho Internacional. Asimismo, dentro de este conflicto no se descartaba una invasión total, la cual, según especialistas, hubiera conducido necesariamente al empantanamiento, dado el apoyo masivo a la revolución nicaragüense.

Como señalaba Klare,

un aspecto más alarmante de la explicación pública gubernamental acerca de su doctrina de baja intensidad es el grado en que el lenguaje es distorsionado para justificar una política que es la opuesta a la prodemocrática que la administración afirma que está siguiendo en sus relaciones exteriores. Si esta distorsión continúa su curso sin ser desafiada, nos toparemos con una seria amenaza a nuestros propios derechos y libertades (1985).

Después de analizar la estrategia de guerra de baja intensidad aplicada por Estados Unidos contra Nicaragua, Bermúdez y Benítez (1985:188-189) la caracterizaban de la siguiente manera:

a) La guerra era artificial, pues no tenía sus orígenes en contradicciones nacionales no resueltas en Nicaragua. Un actor externo, el gobierno de Estados Unidos, la sostenía, dirigía y alimentaba por medio de la "contra".

b) La escalada bélica ascendente también era artificial, era producto de la voluntad de una fuerza foránea de no permitir la existencia de regímenes políticos y sociales que no respondieran a sus intereses, por lo cual creó un ejército artificial, incrementó sus efectivos, perfeccionó su armamento, lo entrenó, le creó una retaguardia en otro país, le proporcionó ayuda "humanitaria" y ayuda abiertamente militar, ya no de manera encubierta sino con el apoyo del Congreso estadounidense.

c) El conflicto era una guerra prolongada por sus características: guerra de intervención frente a guerra de defensa. La fuerza inventora, el gobierno norteamericano, en el ámbito doctrinario asumió la necesidad de evitar hasta donde fuera posible su propia participación, por ello utilizó al ejército aliado (la contra) para lograr una victoria militar que los hechos demostraron imposible.

De todo lo anterior se puede inferir claramente el porqué la administración Reagan utilizó como vía de ataque contra Nicaragua la guerra de baja intensidad y porqué el ejército "contra" fue utilizado como la vía para ejercerla.

LA AGRESIÓN EN EL PLANO ECONÓMICO

Desde que Reagan tomó posesión de su cargo en 1981, comenzó a ejecutarse un proyecto norteamericano encaminado a derrocar al gobierno sandinista. Este proyecto no sólo se ejerció, como ya hemos señalado, en el plano militar a partir de la guerra de baja intensidad y las actividades de la "contra" sino también en el plano económico. Las acciones de hostigamiento económico fueron, durante la administración Reagan, un arma permanente en la política de agresión de Estados Unidos contra Nicaragua, cuyo objetivo era asfixiar la economía nicaragüense y

orillar, gradualmente, al régimen sandinista a un mayor aislamiento político interno e internacional.

Los programas de desestabilización económica por parte del gobierno de Reagan se llevaron a cabo en el plano de la acción práctica y de la intervención política. Todo esto con el objetivo de impedir la independencia económica nicaragüense y la ejecución de los proyectos de transformaciones sociales internos propugnados por la Junta de Gobierno de Reconstrucción Nacional.

En una primera instancia, estos programas de desestabilización fueron puestos en práctica con una intención disuasiva. Procuraban, con un conjunto de "medidas de advertencia", obligar al gobierno sandinista a renunciar a sus derechos de ejercer su autodeterminación e independencia. Posteriormente, el objetivo de estos planes fue estimular la celebración de un proceso electoral que permitiera la sustitución del gobierno sandinista por otra representación política. Para ello, el gobierno de Estados Unidos trató de promover el desprestigio y la pérdida de sustentación social del gobierno nicaragüense mediante campañas propagandísticas que deterioraran la imagen de la Revolución Popular Sandinista.

En otros casos, el gobierno de Reagan utilizó la desestabilización económica como un paso intermedio hacia acciones de fuerza que permitieran el derrocamiento del gobierno nicaragüense mediante la articulación y organización de la contrarrevolución interna en Nicaragua y el apoyo político, económico, militar y financiero de los grupos contrarrevolucionarios que operaban desde territorio hondureño. Estos programas de desestabilización fueron preparados sobre la base de distintos factores que permitieron su articulación. Entre ellos pueden mencionarse la fragilidad económica nicaragüense, su carácter dependiente y el endeudamiento externo heredado.

Agresiones económicas directas

Una de las primeras agresiones económicas que llevó a cabo el gobierno de Reagan fue el corte del desembolso proveniente del préstamo de 75 millones de dólares, así como la suspensión de créditos para la compra de trigo. En relación con el préstamo de los 75 millones de dólares debe destacarse que éste fue suspendido cuando aún faltaban

por suministrar 15 millones de dólares. Esta decisión afectó, en gran medida, obras fundamentales para la reconstrucción del país, tales como el sistema de agua, puentes, caminos, red vial y viviendas (Muro, 1984:257). Por otra parte, fueron suspendidos por el gobierno estadounidense dos programas vinculados a la Ley Pública 480, por 32 millones de dólares.

La suspensión de los créditos para la compra de trigo (1981) fue otra de las acciones por medio de las cuales Reagan trató de presionar económicamente al gobierno sandinista. Además, en abril de 1981, el gobierno de Estados Unidos decretó la suspensión de toda la subsecuente ayuda oficial bilateral para Nicaragua. Asimismo, en septiembre de 1981 suspendió un préstamo de siete millones destinados a obras de construcción. Otra de las agresiones económicas ejecutada contra Nicaragua fue la drástica reducción de la cuota de azúcar (mayo de 1983) que este país exportaba hacia Estados Unidos.

El embargo económico contra Nicaragua que dispuso el presidente Reagan (en mayo de 1985)⁹ tuvo serias repercusiones. Volvió más precaria la situación interna de Nicaragua; una de las finalidades no declaradas del embargo era exacerbar el descontento ya existente de la población frente al régimen sandinista.

Todas las medidas anteriores fueron llevadas a cabo por la administración Reagan con el objetivo de agudizar los problemas económicos del país y tratar de desestabilizar el proceso revolucionario nicaragüense. Debido a la suspensión de los préstamos se afectaron no sólo la importación de productos alimenticios, sino también varios programas sociales priorizados por la Junta de Reconstrucción Nacional, como lo eran los de educación, construcción de viviendas, acueductos, alcantarillados y otros.

El bloqueo estadounidense tuvo efectos nocivos para la economía nicaragüense. La producción del país, que antes del triunfo revolucionario de 1979 alcanzó cifras de hasta 800 millones de dólares anuales, cayó en 1985 a casi 400 millones, mientras la deuda externa ascendió a más de 5 millones de dólares, la más alta en su historia. Los niveles globales de producción de bienes destinados al consumo de la población nicaragüense bajaron drásticamente, pese al esfuerzo realizado por más de 40 mil obreros del sector industrial.

⁹ Y que continuó durante toda su segunda administración.

Agresiones económicas indirectas

La actitud agresiva hacia Nicaragua por parte de Estados Unidos, en el ámbito militar, político, ideológico y económico, influyó de manera directa sobre algunas fuentes de financiamiento. Con el afán de no dejar que el régimen sandinista se consolidara, el gobierno norteamericano obstaculizó la concesión de cualquier crédito a Nicaragua por parte de las organizaciones financieras internacionales (FMI, BIRF). Un claro ejemplo de esta política fue el caso del Banco Mundial que, a pesar de la oposición inicial de Estados Unidos, aprobó un préstamo de 16 millones de dólares. Este monto iba a ser utilizado en un proyecto de mejoramiento de la infraestructura urbana de la ciudad de Managua. Así, la representación norteamericana en dicho organismo trató de obstaculizar esta asistencia financiera objetando que "la administración y la economía de Nicaragua no estaban en condiciones de absorberlos y manejarlos eficientemente".

También, en diciembre de 1981, el representante de Estados Unidos del Banco para el Desarrollo Interamericano vetó una propuesta de préstamo de 500 millones de dólares para el desarrollo de cooperativas en el sector agrícola de Nicaragua.

En junio de 1983 el gobierno de Estados Unidos ordenó el cierre de todos los consulados nicaragüenses en ese país (dejando sólo una embajada), afectando así el flujo del comercio entre esos dos países.

El minado de los puertos nicaragüenses (febrero a abril de 1984) causó pérdidas ascendentes a casi 200 000 dólares por conceptos de ingresos no reembolsados debido a la obstaculización eventual de la actividad portuaria. También hubo pérdidas en la obtención de divisas por causa del atraso en las exportaciones, sobre todo las de plátano, producto que tiene un ciclo de embarque semanal.

La política económica, por parte del gobierno de Estados Unidos, se caracterizó por la suspensión de los préstamos, los obstáculos en el proceso de negociación de la deuda, el boicot de algunos mercados externos, la descapitalización de las empresas por parte de la burguesía nacional y el fomento de la creación de grupos. Como señala Benítez, "sin duda los efectos más nocivos de la agresión que ha sufrido la nación nicaragüense se han dado en el rubro de la economía, aspecto que se corrobora tanto por la asignación gubernamental para gastos de defensa, como por los daños sufridos en los otros sectores" (Benítez, 1986).

LA AGRESIÓN IDEOLÓGICA Y POLÍTICA

El acoso y el bloqueo, despiadados, crecientes, no ocurren porque en Nicaragua no haya democracia sino para que no la haya. No ocurren porque en Nicaragua haya una dictadura, sino para que vuelva a haberla... Para aniquilar a Nicaragua, es imprescindible desprestigiarla y aislarla. Los enemigos de la revolución la obligan a defenderse y después la acusan de defenderse.

EDUARDO GALEANO¹⁰

Sin duda alguna, la vía preferida de acción y la más utilizada por la administración Reagan para atacar ideológicamente al gobierno de Nicaragua fue la discursiva; así lo comprueban la gran cantidad de discursos, mensajes, conferencias de prensa, cartas, publicaciones, etcétera, emitidos para atacar al gobierno sandinista.

Para tratar de entender la ofensiva ideológica que desató la administración Reagan contra Nicaragua, ésta debe enmarcarse históricamente en el contexto de la política exterior de Estados Unidos hacia América Latina, en general y, en específico, contra Nicaragua. Como ya se mencionó, el diseño de una estrategia global hacia América Latina fue presentado en el conocido Documento Santa Fe, un programa de acción que proponía medidas de varios tipos, pero principalmente militares y que tenía como objetivo el restablecer la dominación político-militar de Estados Unidos sobre América Latina y el Caribe. Se debe recordar que Ronald Reagan llegó a la presidencia por su promesa de restablecer la fuerza militar de Estados Unidos.

Dicha ofensiva ideológica, respondió a una estrategia global hacia Centroamérica y el Caribe, y en el caso de Nicaragua, tuvo como propósito el debilitamiento y derrocamiento del gobierno sandinista para utilizarlo, entre otras opciones, como ejemplo del restablecimiento del poderío político-militar estadounidense, en lo que denominan su "traspatio".

Además de la guerra contrarrevolucionaria y de las presiones económicas ejercidas contra el gobierno de Nicaragua, el gobierno de

¹⁰ *La Jornada*, primero de octubre de 1986, México DF.

Reagan desató una "guerra de información", cuyo objetivo era crear corrientes de opinión en contra del proceso revolucionario nicaragüense.

La "guerra de información" abarcó un gran espectro de argumentos que dejaban entrever: la posición oficial del presidente Reagan ante el gobierno sandinista, la imagen que la administración quería crear y presentar sobre la situación en Nicaragua, la exaltación de los "contras" como los paladines de la libertad, etcétera. También incluyó diferentes estrategias de comunicación utilizadas para presentar estas visiones, que incluyen la utilización de los medios masivos como radio, prensa y televisión.

Todas las apreciaciones y visiones expresadas formaban parte de un programa de agresión ideológica contra Nicaragua, iniciado por Reagan a partir de 1981, el cual incluyó las siguientes etapas de implementación:¹¹

1. La preparación de las condiciones internas en Estados Unidos bajo el pretexto de "la amenaza soviética" a la región y la posibilidad de que el ejemplo nicaragüense fuera seguido por otros países del área. El "Libro Blanco" desempeñó un papel muy importante en este sentido.
2. El involucramiento de otros gobiernos centroamericanos en la escalada ideológica contra Nicaragua, una tarea llevada a cabo por la denominada "Comunidad Democrática Centroamericana" para coordinar ejércitos y aparatos ideológicos.
3. La creación de un apoyo abierto a los medios de comunicación contrarrevolucionarios en los países vecinos (La voz de América, Radio Impacto, la radioemisora 15 de septiembre, etcétera).
4. La coordinación de este programa de agresión con los grupos dentro de Nicaragua que apoyaban el derrocamiento del gobierno sandinista (una fracción de la Iglesia Católica encabezada por monseñor Obando Bravo, los editores del periódico *La Prensa*) y, finalmente, haciendo que algunos líderes de la oposición civil se unieran a las fuerzas contrarrevolucionarias para así mostrar que

¹¹ Estos puntos están sugeridos en el artículo "The Ideological Offensive" de Lilly Soto, en el libro *On Trial, Reagan's war against Nicaragua*, 1985, el cual ha sido de gran utilidad en la elaboración de esta síntesis.

la única alternativa era la solución militar (el reclutamiento de Alfonso Robelo y Arturo Cruz).

Estos planes fueron puestos en marcha en varias etapas utilizando la mentira y la distorsión de la realidad, la manipulación de la información con diferentes estrategias, el uso del antiguo principio de dicotomías entre conceptos ideológicos (democracia frente a totalitarismo, libertad frente a represión, etcétera) para así asociar a la Revolución Sandinista con todos los conceptos caracterizados como negativos. Estos son sólo algunos ejemplos de las técnicas utilizadas en la manipulación ideológica, en el análisis del *corpus* se detallarán más claramente todos los mecanismos utilizados por Reagan para influir en sus destinatarios.

Las estrategias de comunicación de Estados Unidos en Centroamérica

Las estrategias que utilizó el gobierno norteamericano consistieron, primeramente, en crear una estructura comunicacional que les permitiera llevar a cabo una campaña de desprestigio de los sandinistas, utilizando diferentes medios de comunicación. En el ámbito radiofónico, por ejemplo, un nuevo aspecto de la campaña fue el ubicar a "La voz de América", la estación oficial del gobierno de Estados Unidos, por medio de la instalación de todo el equipo necesario para poder transmitir, desde Costa Rica, programas de radio a Nicaragua. La Agencia de información de Estados Unidos (USIA, por sus siglas en inglés) era otra de las entidades oficiales que participaba en esa operación, la cual violaba las normas internacionales legales. La intromisión de la USIA implicó un grado muy alto de participación de Estados Unidos en la desestabilización del gobierno de Nicaragua (Soto, 1985).

La instalación de las transmisoras de radio en las áreas fronterizas de Costa Rica y Honduras marcó una nueva etapa de desarrollo de las estrategias de comunicación de Estados Unidos. Durante cuatro o cinco años, en ambos países operaron estaciones de radio con transmisiones directas hacia Nicaragua. La estación clandestina "15 de septiembre", órgano de las denominadas Fuerzas Democráticas Nicaragüenses (FDN), transmitía desde Honduras; la estación "Voz de Sandino", órgano de la Alianza Revolucionaria Democrática (Arde),

estaba ubicada en territorio costarricense. Otra estación de radio transmitía en lengua miskita, con el propósito de inducir una actitud negativa hacia el gobierno revolucionario entre los miskitos que apoyaban el separatismo. La estación "Radio Impacto" también operaba desde Costa Rica. Ésta fue instalada, como un pedido urgente de la Agencia Central de Investigaciones (CIA, por sus siglas en inglés) como un apoyo logístico para las actividades militares y políticas de las fuerzas contrarrevolucionarias. Radio Impacto representó un esfuerzo altamente desarrollado de la CIA para proveer una única y coherente voz de las posiciones ideológico-políticas de los grupos que luchaban contra el gobierno sandinista.

Todas estas estaciones violaban¹² el acuerdo al que se llegó en Buenos Aires en abril de 1980 en una reunión con todos los países latinoamericanos, con Estados Unidos y Canadá. El objetivo de la reunión fue el coordinarse técnicamente y evitar situaciones tales como las creadas por Estados Unidos en Centroamérica y el Caribe (Soto, 1985:66).

Otros métodos utilizados en la ofensiva ideológica

A las campañas de la radio se deben agregar las llevadas a cabo por las agencias noticiosas de Estados Unidos, los boletines de prensa distribuidos localmente y en el extranjero por la Agencia de Información de Estados Unidos (USIA), mediante sus embajadas; periódicos internacionales y revistas que influyen fuertemente en la política exterior de Estados Unidos, también los boletines de la Asociación de Prensa Interamericana y la Asociación Internacional de Emisiones (AIR), siendo todos ellos elementos claves en la propaganda ofensiva contra Nicaragua.

Las tácticas utilizadas contra Nicaragua no eran nuevas; ya habían sido experimentadas por el gobierno de Estados Unidos en el derrocamiento del gobierno de la Unidad Popular de Salvador Allende. Un documento oficial del Comité para el Estudio de las Operaciones de Inteligencia del Gobierno reveló la magnitud del involucramiento

¹² En su ambición por destruir a la Revolución Nicaragüense, la administración Reagan violó varias leyes internacionales e ignoró ciertos acuerdos hechos bajo la jurisdicción de la Unión Internacional de Comunicaciones.

de la CIA en las operaciones de propaganda y demostró varios rasgos comunes con la campaña actual contra Nicaragua (Soto, 1985:67).

El papel de La Prensa en la desinformación doméstica

Un análisis detallado del periódico *La Prensa* hubiera mostrado cómo éste coincidía con las políticas de la administración Reagan. Las tácticas principales que utilizaba *La Prensa* y por medio de ésta, los partidos políticos de oposición, para atacar a la Revolución Popular Sandinista se pueden sintetizar en los siguientes puntos:

1. La caracterización de la revolución como alienada al bloque soviético.
2. La presentación del gobierno revolucionario como opuesto a las soluciones políticas y al desarrollo del diálogo con los contrarrevolucionarios.
3. La caracterización de la Revolución Sandinista como violadora de los derechos humanos, específicamente, de la libertad de expresión, religión y organización.
4. La presentación del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) como persecutor de la Iglesia Católica.
5. La caracterización de los sandinistas como incapaces de manejar y revitalizar la economía.
6. La afirmación tajantemente de que el FSLN había impuesto un estado totalitario.

Además del contenido, el espacio dedicado a ciertas secciones, por ejemplo, en la página editorial –50% del espacio era dedicado a temas anticomunistas y a críticas del manejo del país– dejan ver un claro interés por atacar al gobierno sandinista y no reconocer ningún logro (Soto, 1985:68-69).

La agresión ideológica siguió un plan de la administración Reagan donde los agentes de la CIA, los grupos contrarrevolucionarios, los medios domésticos de comunicación y los grupos políticos que representaban a los contrarrevolucionarios utilizaron la misma retórica y los mismos puntos de ataque con el objetivo de derrocar al gobierno revolucionario de Nicaragua.

CARACTERIZACIÓN DE LA "CONTRA" NICARAGÜENSE

Nada de lo que está ocurriendo en Centroamérica se podría explicar sin la existencia del imperialismo... no hay en Nicaragua una guerra civil sino una agresión que proviene del territorio hondureño donde los exguardias nacionales han sido organizados, financiados, armados y entrenados por la CIA para penetrar en nuestro país.

TOMAS BORGE¹³

Nicaragua es el único país que ha sufrido dos guerras casi consecutivas: la civil que derrocó a Somoza y la defensiva que se inició en 1981 y que no tuvo su origen, fundamentalmente, en contradicciones económicas, políticas y sociales no resueltas históricamente, sino que dado el descontento provocado por el desplazamiento violento de la dinastía Somoza y los intereses afectados, se fue generando artificialmente una fuerza política opositora que se transformó en ejército. Esta oposición fue apoyada y dirigida por Estados Unidos, para quien la contención del comunismo y la defensa de su hegemonía, como ya antes señalamos, son algunos de sus objetivos centrales.

Apenas derrocado Anastasio Somoza, varios miles de antiguos guardias nacionales, enviados a Honduras, El Salvador y Guatemala, se reunieron en el Ejército de Liberación Nacional (ELN); antiguos oficiales de la Guardia firmaron la Alianza Democrática Revolucionaria Nicaragüense (Andren), y miembros de la cúpula constituyeron la Legión 15 de septiembre. Durante 1980 y 1981, se conformó lo que se conoce como la "tríada" contra Nicaragua: asesores argentinos, dinero norteamericano y combatientes nicaragüenses, más una retaguardia territorial logística en Honduras. A dicha tríada se trató también de incorporar de manera activa al ejército hondureño, sobre todo en el periodo en que el general Gustavo Álvarez Martínez fue jefe de las fuerzas armadas en ese país (enero de 1982 a marzo de 1984).

Con el ascenso de Ronald Reagan a la presidencia de Estados Unidos, en enero de 1981, el discurso antinicaragüense adquirió una legitimación gubernamental, al ser enmarcado en el contexto de la

¹³ *Gamma*, La Habana, 28 de marzo de 1983, p. 5.

conflagración este-oeste. En septiembre del mismo año se da la primera acción importante de la CIA, la creación de la Fuerza Democrática Nicaragüense (FDN), mediante la unificación de la Legión 15 de septiembre y la Unión Democrática Nicaragüense (UDN) a la cual en 1982 se le unió el Ejército de Liberación Nacional (ELN). La FDN contó, desde sus inicios, entre sus líderes a los fundadores de la Legión, como Enrique Bermúdez (excoronel de la Guardia Nacional de Anastasio Somoza) y Enrique Lau.

Durante diciembre de 1982 se dieron las principales modificaciones orgánicas del nuevo ejército, impulsadas por la propia CIA,¹⁴ que en ese año asume su dirección operativa. Esto, con la creación de un Directorio Político formado por líderes conservadores nicaragüenses, con el fin de darle una imagen más moderna y para que fuera mucho menos problemática la justificación y aprobación de la ayuda oficial de Estados Unidos. Esta reorganización político militar culmina a fines de 1983 con el nombramiento del doctor Adolfo Calero Portocarrero (líder del Partido Conservador y exgerente de la Coca-Cola) como presidente del directorio y comandante en jefe de las fuerzas militares.

En sus orígenes la FDN estaba constituida fundamentalmente por exguardias somocistas y operaba esencialmente en la frontera norte con Honduras, la cual constituyó el frente de las principales agresiones militares contra el gobierno nicaragüense. Pero también en el sur del país operaban organizaciones contrarrevolucionarias; entre éstas se encontraban: la Alianza Revolucionaria Democrática (cuyos efectivos eran seis veces inferiores en número a los de la FDN), la Unión Democrática Nicaragüense-Fuerzas Armadas Revolucionarias Nicaragüense (UDN-FARN) y el Bloque Opositor del Sur (BOS), organización contrarrevolucionaria civil de tendencia social-demócrata. Aunque Edén Pastora, quien fuera líder de la Arde hasta mayo de 1986, siempre manifestó su desaprobación de la alianza con los exguardias somocistas y con Estados Unidos para el derrocamiento del FSLN, estos grupos contrarrevolucionarios también recibían el pleno apoyo de Estados Unidos y trabajaban en estrecha coordinación con el Movimiento Democrático Nicaragüense (partido opositor), el cual operaba desde Honduras.

¹⁴ Debido a la salida de los asesores argentinos por la Guerra de las Malvinas, donde Estados Unidos apoyó a Inglaterra.

Meses después de la creación de la FDN (septiembre de 1981) ésta se benefició con ayuda de la CIA con montos todavía limitados y canalizados de manera indirecta. En diciembre de 1981, Reagan firmó una directiva secreta por la que se autorizaba un fondo de 19 millones de dólares, a cargo de la CIA, para organizar y ejecutar, con los grupos somocistas exiliados, actos de sabotaje y operaciones paramilitares contra el gobierno de Nicaragua. Al principio la ayuda se justificó alegando que el gobierno nicaragüense apoyaba a la guerrilla en El Salvador. En realidad, desde el inicio del financiamiento a la "contra", en 1981 hasta el final del segundo periodo de Reagan, no hubo ningún reporte verificado de tráfico de armas.¹⁵

La ayuda a los "contras" estuvo canalizada por dos vías: por el gobierno de Estados Unidos mediante la CIA y por organizaciones privadas. Alrededor de 20 asociaciones privadas de Estados Unidos comenzaron a enviar, por su cuenta, dinero y equipo a los "contras". Un informe preparado para el Congreso de Estados Unidos subraya que no se trataba de los grupos conservadores tradicionales, sino de ultraconservadores, vinculados, incluso algunos de ellos, a organizaciones neofascistas; varios fueron creados, durante la administración Reagan, con el objetivo primordial (si no el único) de ayudar a los "contras" (Brody, 1986).

Uno de estos grupos principales era la Liga Anticomunista Internacional, fundada en los sesenta en Taiwan y a la que estaban vinculados hombres como el senador estadounidense Jesse Helms, el expresidente argentino Jorge Videla y el militar salvadoreño Roberto D'Abuisson. La liga es presidida por el general estadounidense retirado John Singlaub, quien fuera comandante de las tropas de Estados Unidos en Corea y jefe de la Fuerza Conjunta para "Tareas no Convencionales" en Vietnam.

También se puede mencionar al Fondo de Defensa de El Salvador y Nicaragua, de la revista mensual de información para mercenarios, *Soldado de Fortuna*; que además de orientar en la compra y uso de armas y explosivos, ofrece también (en su sección de anuncios clasificados) referencias de mercenarios a disposición.

¹⁵ El propio Reagan ordenó una investigación de la CIA. Ésta fue hecha por un hombre de apellido Michaels, quien concluyó que no había evidencia alguna de que los sandinistas hubieran enviado armas a los rebeldes salvadoreños. Michaels fue posteriormente cesado (Revista *Proceso*, núm. 548, 4 de mayo de 1987, p. 39).

Como lo señala el reporte Brody (1986), la mayor parte de la ayuda privada estaba organizada por media docena de individuos, la mayoría con experiencia militar o paramilitar, cuando no como mercenarios; este pequeño grupo dirigía, a la vez, varias de las organizaciones de ayuda, como las antes mencionadas. Como lo comprobó Daniel Sheeham, algunos formaban parte de un grupo secreto especializado en asesinatos y venta de armas, financiado por el tráfico de heroína y cocaína (Maza, 1987).

A partir de 1982, año en que según la propia FDN la CIA empezó a ejercer control sobre las operaciones militares y de inteligencia, el número de efectivos aumentó considerablemente; se estima que el conjunto de las fuerzas contrainsurgentes contaba ya con un contingente de entre 10 y 15 mil hombres. Hacia 1984 ya se habían gastado 80 millones de dólares en apoyo a la "contra" por medio de la CIA.

A principios de 1985 la "contra" se encontraba en una situación sumamente difícil. Había mostrado su incapacidad para derrocar militarmente a los sandinistas. Además su composición, fundamentalmente exsomocista, la corrupción imperante dentro de sus filas y su mala imagen en el extranjero, debido a las constantes violaciones a los derechos humanos, los hacían aparecer como una opción riesgosa. Es así que ante las vísperas de la aprobación por la Cámara de Representantes del paquete de asistencia no letal para los sandinistas, la CIA junto con los principales líderes contrarrevolucionarios deciden crear el 12 de junio de 1985 la Unión Nicaragüense Opositora (UNO). Esta unión además de agrupar a la FDN al grupo miskito Kisan, a MISURA,¹⁶ a las Fuerzas Armadas de la Resistencia Nicaragüense (FARN) y posteriormente a un sector de Arde que abandonó a Edén Pastora, agrupaba a los tres principales líderes antisandinistas: Adolfo Calero (exdirector de la Coca Cola en Managua e interlocutor preferido de la administración Reagan), Arturo Cruz (jefe del Movimiento Acción Democrática) y Alfonso Robelo.¹⁷

Según sus dirigentes, la UNO fue creada con el objetivo de presionar al gobierno de Nicaragua para que procediera a realizar una "apertura política", aunque también afirmaron que si fuese inevitable la UNO

¹⁶ Formada por indios miskitos y dirigida por Steadman Fagoth, exagente de la Oficina de Seguridad Nacional de Somoza.

¹⁷ Exmiembro de la Junta de Reconstrucción Nacional y líder del Movimiento Democrático de Nicaragua.

intentaría derrocar militarmente al régimen sandinista. El respaldo que esta organización recibía por parte del gobierno de Estados Unidos no fue negado por sus dirigentes.

Pero, a pesar de los esfuerzos de Estados Unidos de mantener una dirigencia contrarrevolucionaria unida, la "contra" tenía divergencias sustanciales en torno a la estrategia militar y el tipo de alianzas políticas que dificultaban la perspectiva de la unidad real. Además, atravesó por serias crisis internas como lo indicaron las renunciaciones de Adolfo Calero y Arturo Cruz (febrero, 1987) y la creación de una nueva organización, La Resistencia Nicaragüense (mayo, 1987), después de que se hizo público que varios líderes de la UNO habían recibido dinero de la venta de armas a Irán.¹⁸

Como ya habíamos mencionado, la composición del ejército "contra" básicamente exsomocistas –y su falta de legitimidad al interior de Nicaragua– fue uno de los problemas más serios que enfrentó la administración Reagan para llevar a cabo la operación "encubierta" contra Nicaragua.¹⁹ De ahí que el Congreso de Estados Unidos haya llegado a bloquear expresamente las intenciones de Reagan en 1984, prohibiendo el uso de recursos "con el propósito de apoyar directa, o indirectamente, operaciones militares o paramilitares en Nicaragua, por parte de cualquier nación, grupo, organización movimiento o individuo" (*Enmienda Bowland*).

La guerra de los "contras" fue cara. Se mantuvo con un constante flujo de dólares y equipo proporcionado tanto por el gobierno de Estados Unidos, como por varios grupos privados. Los pretextos con que se quería justificar ese apoyo cambiaban, pero el objetivo de la "contra", sus métodos y sus efectos siempre fueron los mismos.

Sin embargo, el apoyo de la administración Reagan a los "contras" fue continuo. Se entregaron entre 1980 y 1981 fondos calculados en

¹⁸ Sin embargo, con fines electorales la UNO volvió a surgir como la organización opositora más aglutinadora de los intereses de la disidencia.

¹⁹ El propio Edgar Chamorro, quien fuera principal vocero del Directorio de la "contra", escribía: "Mi experiencia como líder de los rebeldes me ha convencido de que la Fuerza Democrática Nicaragüense (FDN) no puede contribuir a la democratización de Nicaragua. Los rebeldes son controlados por antiguos guardias nacionales que dirigen el ejército de la "contra", ahogan la disidencia interna e intimidan o asesinan a quienes se les oponen. Los rebeldes, además, han sido manipulados por la CIA que los ha reducido a factor de propaganda" (citado en Brody, 1986).

80 millones de dólares, sin que esta asistencia pasara por el Congreso. Es difícil de precisar la magnitud de la ayuda oficial estadounidense. En 1986 Reagan pidió al Congreso el envío de 100 millones de dólares, el cual fue aprobado, pero fuentes del Senado estadounidense denunciaron que la CIA había proporcionado ayuda encubierta por montos mayores. La CIA, según esta denuncia, había proporcionado sólo en 1986 apoyo logístico, con un costo superior a los 400 millones de dólares.

Estratégicamente en 1986 la "contra" estaba derrotada. Existía un punto en que coincidían los análisis de Reagan y los del gobierno sandinista: la contrarrevolución no estaba ganando, más bien sus derrotas eran cada vez mayores. Ni la ayuda de los 27 millones de 1985 ni los 100 millones de 1986 pudieron detener su declive.

Sin embargo, la principal razón por la cual el tema de los "contras" adquirió tanta relevancia ante la opinión pública fue el compromiso personal del presidente Reagan con la causa. El tema de Nicaragua fue uno de los más prominentes, superando en frecuencia de alusiones presidenciales incluso a las relaciones con la URSS o a otras áreas estratégicas como el Medio Oriente. Reagan presentó su solicitud de apoyo a los "contras" ante el Congreso como su principal iniciativa de política exterior, llevando a crear la imagen de que en su éxito o fracaso estaba verdaderamente comprometida la seguridad de Estados Unidos.

Como señalaba Benítez en 1986, la "contra" no tenía objetivos propios. Respondía íntegramente a necesidades estratégicas de Estados Unidos en la región y la dirección de los combates era planificada y llevada a cabo íntegramente por asesores norteamericanos. Por eso la "contra" buscaba la extensión de la guerra ya que carecía de objetivos propios y el objetivo militar de derrocar al sandinismo estaba totalmente subordinado a los intereses estadounidenses.

INICIATIVAS DE AYUDA A LA "CONTRA"

A continuación, incluimos un breve relato histórico de las iniciativas de ayuda a la "contra" en la Cámara de Representantes y el Senado que van del año 1982 en que se dio a conocer la ayuda encubierta a los contrarrevolucionarios, hasta febrero de 1988, última fecha que abarca nuestro estudio.

En noviembre de 1982, poco después de que la revista *Newsweek* publicara un extenso reportaje sobre las dimensiones de injerencia del gobierno de Estados Unidos en Centroamérica, haciendo hincapié en las actividades para desestabilizar a Nicaragua,²⁰ los comités de inteligencia del Senado y la Cámara de Representantes fueron informados, por William Casey, director de la CIA, de la ayuda encubierta que se estaba dando a los "contras". Para evitar que Estados Unidos se involucrara en una guerra civil de otro país, el representante demócrata Edward P. Bowland ofreció una enmienda, que después fue denominada "La Enmienda Bowland", la cual proponía detener el uso de fondos para derrocar al gobierno de Nicaragua o el provocar un encuentro militar entre Nicaragua y Honduras. La enmienda fue aprobada por el Congreso el 21 de diciembre de 1982 y caducaba a fines del año fiscal de 1983.

Sin embargo, se siguieron entregando fondos, ya que la Administración sostuvo que no se utilizaban con el fin de derrocar al gobierno nicaragüense. El monto de la ayuda canalizada a los "contras" nicaragüenses entre los años fiscales 1982-1983 no fue completamente declarado, pero se estima que fue entre los 40 y 90 millones de dólares.²¹

En abril de 1983, el presidente Reagan acude ante el Congreso para pedir respaldo a su cruzada intervencionista en Centroamérica. El Congreso pone de nuevo límites al financiamiento de la "contra". Sin embargo, posteriormente se aprueba la continuación de la ayuda para operaciones encubiertas a partir de una enmienda que ponía un límite de 24 millones de dólares para fondos que "La Agencia Central de Inteligencia, el Departamento de Estado o cualquier otra agencia o entidad podría gastar para el propósito, o que tendría el efecto de apoyar directa o indirectamente operaciones militares o paramilitares en Nicaragua por cualquier nación, grupo, organización, movimiento o individuo".

En febrero de 1984, después de la publicación del Informe Kissinger, el presidente Reagan solicitó nuevos fondos para su cruzada intervencionista en Centroamérica, de acuerdo con los lineamientos de dicho Informe. Mientras que la solicitud de dicha ayuda pasaba

²⁰ Revista *Newsweek*, 8 de noviembre de 1982.

²¹ "U.S. Aid to the 'contras': The Record Since 1981", *The New York Times*, marzo 19, 1986.

por los canales oficiales, el presidente solicitó una ayuda de emergencia de 21 millones de dólares para los "contras", aparte de los 24 millones que ya habían sido aprobados en 1983. Aunque en abril el Senado aprobó la ayuda de emergencia de 21 millones de dólares de fondos para la resistencia nicaragüense, ésta fue denegada posteriormente por el propio Senado debido al escándalo del minado de los puertos nicaragüenses. En ese año la situación se hizo más compleja para la administración, cuando, a la luz de las revelaciones acerca del minado de los puertos nicaragüenses y la publicación del manual de la CIA para uso de los "contras", la segunda Enmienda Bowland (septiembre, 1984) corta de hecho la ayuda, de cualquier tipo, a las fuerzas que enfrentaban al gobierno de Nicaragua. Sin embargo, el Congreso prometió volver a discutir la ayuda a los "contras" a principios de 1985.

En febrero de 1985, el presidente Reagan volvió a iniciar su campaña para la aprobación, esta vez, de 27 millones de ayuda no letal para la "contra". Lo más significativo de los pronunciamientos de Reagan a finales de febrero es el hecho de que ya se revelaban los verdaderos planes de los "contras": derrocar militarmente al gobierno sandinista, o en las ya famosas palabras del presidente norteamericano, "(que) se rinda" (*say uncle*) la "dictadura brutal" de Managua. Sin embargo, la escalada verbal no tuvo efectos inmediatos. No es sino hasta junio de ese año que la administración gana su batalla contra la segunda enmienda Bowland al conseguir la aprobación de 27 millones de dólares adicionales para ayuda no letal a los "contras". Este financiamiento se terminaría el 31 de marzo de 1986. Lo más relevante de la aprobación de la ayuda fue que le dio una victoria indiscutible al presidente Reagan, sobre todo por la legitimidad que recuperó la "contra", a raíz de las disposiciones tomadas por el Legislativo norteamericano y por la reducción de la oposición interna a la política Reagan.

El 25 de febrero de 1986, el presidente Reagan pide de nuevo al Congreso ayuda para los "contras", esta vez, de 100 millones de dólares de los fondos del Departamento de Estado; 70 millones para ayuda militar y 30 millones para otro tipo de ayuda. La administración vuelve entonces a la carga en febrero con una campaña encabezada por el propio presidente, que incluyó numerosas actividades de publicidad (como la visita a Granada), intervenciones de todos los personeros responsables de la política exterior y la difusión de una cantidad de información acerca de la situación en Centroamérica para demostrar los

progresos de la política norteamericana, el apoyo que ella supuestamente recibía de los gobiernos del continente y la amenaza a la seguridad de Estados Unidos que constituía el gobierno sandinista. A medida que la campaña iba avanzando, las exageraciones en cada uno de estos puntos iban subiendo de tono, hasta llegar al discurso del presidente el 16 de marzo.

A pesar de la escalada verbal iniciada por el presidente y sus voceros en febrero en contra de Nicaragua y la utilización de una retórica "inflamatoria", la votación del 20 de marzo en el Congreso no fue favorable para la administración. El Congreso rechazó la ayuda a los "contras" por una votación de 222 en contra, 210 en favor.

El 26 de marzo, tras la utilización de una supuesta incursión sandinista en el territorio Hondureño, la Casa Blanca logró obtener la aprobación del Senado para enviar ayuda militar y económica a los antisandinistas, luego de que sus esfuerzos habían sido rechazados en la Cámara de Diputados. El Senado votó 52 a 47 en favor de la ayuda. El asunto pasaría a ser considerado en la Cámara Baja después de Semana Santa. El 15 de abril la Cámara de Representantes decidió que el pedido de los 100 millones de dólares para los "contras" fuera votado como parte de las asignaciones suplementarias por 1 700 millones de dólares. Esto dio la oportunidad de posponer la votación.

Sin embargo, el 25 de junio de 1986 la Cámara de Representantes acepta la ayuda a la "contra". Posteriormente, el 13 de agosto el Senado aprueba la ayuda. Los "contras" recibirían: primero una entrega de 40 millones de dólares dentro de dos semanas (primero de septiembre) otros 20 millones el 15 de octubre y los 40 restantes el 15 de febrero de 1987. Estas dos últimas entregas estarían sujetas al informe del presidente al Congreso sobre la situación prevaleciente en Nicaragua.

Pero es hasta octubre de 1986 que queda oficialmente aceptada la ayuda a los "contras", cuando el Congreso designa a la CIA y al Pentágono como los canales de distribución de los 100 millones de dólares. A partir de noviembre, la situación se agrava a la luz del escándalo de la venta de armas a Irán y el desvío de fondos a la "contra". Las declaraciones de varios de los oficiales involucrados en el escándalo del *Contragate* o *Irangate* hicieron ver que el gobierno de Estados Unidos seguía mandando ayuda a los contrarrevolucionarios aun cuando el Congreso explícitamente lo había prohibido.

En febrero de 1987, el presidente Reagan pide que sean desbloqueados los 40 millones de dólares restantes de la ayuda aprobada en 1986. Primeramente, el Comité de Relaciones Exteriores del Senado rechaza la entrega de ese dinero. En marzo, la Cámara de Representantes congela la entrega de los 40 millones de dólares, hasta que se hiciera una rendición de cuentas de partidas anteriores. Pero el 18 de ese mismo mes el Senado, esta vez con mayoría demócrata (a pesar de varios intentos de congelar la entrega de la ayuda a los "contras"), por estrecho margen de 52 a 48 votos aprobó una resolución que autorizaba la entrega de los 40 millones de dólares pendientes.

El pedido del presidente de una nueva ayuda a los "contras", esta vez de 105 millones de dólares, sería discutido hasta septiembre de 1987, fecha en la que expiraba la ayuda concedida. Sin embargo, después de las declaraciones del Coronel Oliver North ante la comisión que investigaba el *Irangate*, donde defendió a capa y espada a los "luchadores de la libertad", Reagan anunció que ahora el pedido de ayuda sería de 270 millones de dólares.

Debido a los acuerdos de Esquipulas II firmados el 7 de agosto de 1987, el presidente Reagan no hizo formal su petición de los 270 millones de dólares, aunque el secretario George Shultz había mencionado dichos planes ante el Congreso. Sin embargo, con el pretexto de mantener a los "contras" con alimentos y medicinas, la Cámara de Representantes votó el 23 de septiembre la asignación de 3.5 millones de dólares, de asistencia humanitaria para la "contra". Votación: 280 a favor, 138 en contra.

A pesar de la desfavorable desventaja en la que se encontraba el Ejecutivo, debido a los acuerdos aprobados por la Región, la Casa Blanca puso en marcha, durante los últimos días de 1987, una serie de acciones destinadas a cambiar el curso de los hechos en distintos planos. En lo político interno aumentaron las presiones sobre el Congreso y se logró un éxito de importancia, al obtener, en medio de una resolución general de carácter presupuestario y de gran urgencia, la aprobación de una suma "puente" de 14.5 millones de dólares que incluía ayuda militar, con el pretexto de que serviría para mantener a la "contra" hasta la reunión de enero en San José y hasta que el Congreso decidiera de modo definitivo.

La administración se había empeñado fuertemente en mantener la asistencia militar a los contrarrevolucionarios y había ejercido, para

ello, todo tipo de presiones diplomáticas y políticas. Incluso en los últimos días realizó una serie de concesiones, entre las cuales la más significativa fue la reducción de su pedido militar a la menor proporción posible.

No obstante, estas medidas no fueron suficientes para evitar una derrota. El 3 de febrero se llevó a cabo en el Congreso la votación de la solicitud de 36 millones de dólares para los "contras" misma que fue rechazada. Votación: 219 votos en contra 211 a favor. Esta derrota impediría a la administración entregar armas a la "contra" durante casi todo el resto de su mandato. La votación en la Cámara Alta constituyó un serio revés para la política del presidente Reagan hacia la región, ya que en ese momento puso más difícil el recurso a la solución militar, dejándole abierto sólo el curso de las presiones económicas y políticas.